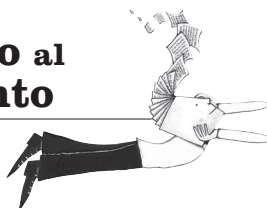


libro al viento



UNA CAMPAÑA
DEL INSTITUTO
DISTRITAL
DE CULTURA
Y TURISMO
Y LA SECRETARÍA
DE EDUCACIÓN



IFPC-UNESCO

Con el aval del Fondo Internacional
para la Promoción de la Cultura



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D. C.

Secretaría
EDUCACIÓN

Instituto Distrital
CULTURA Y TURISMO
Una Expedición por el Orgullo

Bogotá sin indiferencia

Molière

ESCUELA DE MUJERES

Alcaldía Mayor de Bogotá

Instituto Distrital de Cultura y Turismo
Secretaría de Educación del Distrito

Molière

ESCUELA DE MUJERES

Traducción de Ana Roda
y Margarita Valencia

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ



Luis Eduardo Garzón
ALCALDE MAYOR DE BOGOTÁ

Instituto Distrital de Cultura y Turismo

Martha Senn
DIRECTORA

Víctor Manuel Rodríguez Sarmiento
SUBDIRECTOR DE FOMENTO A LAS ARTES
Y LAS EXPRESIONES CULTURALES

Ana Roda
GERENTE DE LITERATURA

Secretaría de Educación del Distrito

Abel Rodríguez Céspedes
SECRETARIO DE EDUCACIÓN DISTRITAL

Francisco Cajiao
SUBSECRETARIO ACADÉMICO

Isabel Cristina López
DIRECTORA DE GESTIÓN INSTITUCIONAL

Elsa Inés Pineda Guevara
SUBDIRECTORA DE MEDIOS EDUCATIVOS

Roberto Puentes Quenguan
DINAMIZADOR PLAN DISTRITAL DE LECTURA Y ESCRITURA

© De esta edición: Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 2006
www.idct.gov.co

Bogotá, noviembre 2006

Todos los derechos reservados. Prohibida su
reproducción total o parcial sin permiso del editor

ISBN 958-8232-90-2

Asesor editorial: Julio Paredes Castro

Coordinadora de publicaciones: Diana Rey Quintero

Diseño gráfico: Olga Cuéllar + Camilo Umaña

Impreso por Prensa Moderna Impresores. Hecho en Colombia

Contenido

<i>Introducción</i>	9
---------------------	---

ESCUELA DE MUJERES

PREFACIO	17
PRIMER ACTO	23
SEGUNDO ACTO	42
TERCER ACTO	57
ACTO CUARTO	75
ACTO QUINTO	92

INTRODUCCIÓN

Como primogénito y heredero directo de una tradición familiar que se remontaba varias generaciones atrás, en el destino de Jean-Baptiste Poquelin (1622-1673), llamado Molière, estaba escrita como primera opción profesional la de convertirse en tapicero y ayuda de cámara de la corte. Sin embargo, ya desde niño Molière fue espectador admirado de las farsas callejeras en su barrio natal de París y su impulso por las humanidades y las representaciones teatrales se nutrió durante los años en el colegio Clermont de los jesuitas, donde entró en contacto con los clásicos latinos y griegos. Después continuó con la carrera de Derecho en la Universidad de Órleans, recibiendo el título de abogado en 1640, profesión que nunca practicó y, aunque sufrió el rechazo explícito de su padre, dedicó gran parte del tiempo de su primera juventud en recorrer y divertirse por los teatros de París.

Estas excursiones lo llevaron a presenciar las tragedias del teatro clásico, las farsas de la comedia italiana y los montajes en boga, y, en especial, a conocer e intimar con los actores y directores de este universo

cada vez más atractivo y cercano. Ejerció por primera y última vez el cargo de tapicero y ayuda de cámara del rey, cuando reemplazó a su padre en un viaje de Luis XIII por algunas provincias de Francia en 1643. Meses después y de regreso a París, Molière comunicaba a su familia la decisión irrevocable de convertirse en cómico, renunciando simultáneamente y de manera oficial a la sucesión en el cargo de su padre.

Abandonó la casa paterna e inició una relación sentimental y profesional con Magdalena Béjart, actriz de relativo éxito como princesa trágica en algunos teatros de París, y miembro de la familia con la que fundaría en 1642 su primera compañía teatral, llamada el “Ilustre Teatro”. Conformado por una farándula de actores diversos, entre aficionados y semiprofesionales, el grupo montó sin éxito durante tres años un repertorio de dramas y tragedias en teatros secundarios, a los que el público apenas si asistía. Agobiados por las deudas y el fracaso rotundo, Molière (nombre artístico adoptado por Poquelin en 1644), Magdalena y algunos miembros de la compañía aún fieles al espejismo de las tablas, partieron de París a finales de 1645, en busca de una fortuna y un destino nuevos por las provincias del sur de Francia.

Trece años duró este recorrido sin descanso. Pero significó la consolidación de Molière como actor y director, al tiempo que le brindó la posibilidad de observar de manera profunda y de primera mano un mundo real, distinto al de los héroes de las obras que interpretaba, habitado por un sinnúmero de ‘tipos sociales’ cercanos y auténticos, que más adelante usó como modelos para los protagonistas, los argumentos y las escenas de sus comedias y farsas más reconocidas.

Gracias al éxito alcanzado en sus presentaciones en provincia, la compañía teatral de Molière regresó a París antecedida de cierta reputación. Aún así, la buena fortuna lo acompañó en ese año de 1658, pues había logrado conseguir una audición ante el nuevo monarca, Luis XIV, el joven “rey sol”, que de inmediato quedó prendado por el humor y la inteligencia de quien iba a convertirse en su autor protegido.

Desde la primera audición en el Louvre –con el montaje de una tragedia de Pierre Corneille– Molière obtuvo el beneplácito de la corte, iniciando una carrera teatral siempre en ascenso, ya no sólo como actor sino como escritor, y que no se detuvo en los siguientes quince años que le quedaban de vida. En

este lapso, Molière compuso varias de las comedias más importantes del teatro universal y, según algunos cálculos, creó más de trescientos personajes, muchos de los cuales se convirtieron en retratos impercederos de la condición humana, como aquellos que transitan por obras como *El avaro*, *Tartufo*, *El misántropo*, *Don Juan* o *El enfermo imaginario*, para nombrar las más populares.

En 1662, el mismo año de su matrimonio con Armanda Béjart, hija natural de Magdalena y casi veinte años menor que él, Molière estrenaba *Escuela de mujeres*, con un argumento donde narraba la historia de un engreído hombre mayor, con obsesión de cornudo, que pretendía conquistar y someter el amor de una muchacha, a quien mantuvo encerrada en la casa para alejarla de las supuestas maldades de los otros hombres. Maravillosa comedia de equívocos, con una trama ágil y siempre divertida, *Escuela de mujeres* (dedicada a Enriqueta de Inglaterra, esposa del hermano del rey) obtuvo un éxito de público arrollador desde la primera función, al tiempo que provocaba la violenta reacción y el rechazo de los puristas y de quienes creyeron verse retratados en sus burlas. Fue tanto el malestar de sus

detractores que Molière decidió escribir un prefacio a posteriori a la obra y estrenar seis meses después una apología en un acto, llamada *Crítica a la Escuela de mujeres*, donde dejaba aún más en ridículo a sus críticos fantoches. Pero, como en el nuevo giro de una espiral que no parecía detenerse, la apología agudizó el resquemor, dándole pie a Molière a escribir como respuesta *La improvisación de Versalles*, otra magnífica reflexión sobre el papel del escritor.

Escuela de mujeres no fue la primera ni la última obra con la que Molière penetró en el ridículo de los hombres. Recurrió sin descanso a la sátira no para trazar una caricatura simple de sus enemigos sino para acentuar las debilidades de los pedantes, los fanfarrones, los necios, los celosos, los médicos farsantes, los falsos devotos, así como para desenmascarar la virtud y la delicadeza fingidas, pero, por encima de todo, la hipocresía, esa especie de mal endémico que tanto lo entristeció y que aún hoy, como en sus días, ofrece “maravillosas ventajas” para quienes la ponen en práctica. El éxito de Molière fue haber mostrado este mundo con un lenguaje natural y espontáneo, con una lógica y una sinceridad que logran divertir a cualquier tipo de público.

Abatido finalmente por la sombra de una enfermedad que lo perseguía desde la juventud, Molière moría en 1763, pocas horas después de interpretar el papel de Argán, el protagonista de *El enfermo imaginario*, esa descarnada e ingeniosa parodia de la práctica médica, y donde, como una línea que cerrara su testamento, hacía decir de él mismo a su protagonista: “¡Gran impertinente es el tal Molière con sus comedias!”.

Molière

ESCUELA DE MUJERES

Para empezar, muchos se han mofado de esta comedia; pero aquellos que se ríen han estado a su favor, y todo lo malo que se haya podido decir no ha impedido que ésta haya sido un éxito, del cual me alegro.

Sé que se espera de mí en esta impresión un prefacio que responda a los censores y dé razón de mi obra. No hay duda de que me siento suficientemente en deuda con todas las personas que le han dado su aprobación, como para creerme obligado a defender su juicio contra el de los otros; pero resulta que muchas de las cosas que yo tendría que decir sobre este tema ya se encuentran en una disertación que hice en forma de diálogo y con la cual todavía no sé qué voy a hacer.

La idea de este diálogo, o si se prefiere, de esta pequeña comedia, me vino después de las dos o tres primeras representaciones de mi pieza. La comenté, esta idea, en una casa en la que me encontraba una tarde, y para empezar, una persona de calidad, cuyo espíritu es suficientemente conocido en el mundo y quien me hacía el honor de quererme, la encontró muy de su gusto, tanto como para pedirme que le metiera mano, e incluso para metérsela él mismo. Y me sorprendí al ver que

dos días después me mostraba todo el asunto ejecutado de una manera verdaderamente mucho más galante y mucho más espiritual de lo que yo lo hubiera podido hacer, pero en la cual encontré cosas muy ventajosas para mí; y temí que, si producía esta obra en nuestro teatro, me acusaran de haber mendigado los elogios que me daban. Sin embargo, aquello me impidió, por consideración, acabar lo que había comenzado. Pero es tanta la gente que me presiona todos los días para que la haga, que no sé qué va a pasar, y es a causa de esta incertidumbre que me he abstenido de mencionar en este prefacio lo que se verá en la crítica, en caso de que resuelva publicarla. Si es necesario que esto suceda, lo digo nuevamente, es sólo para resarcir al público de los delicados humores de ciertas gentes, pues en lo que a mí se refiere, yo me tengo por bien vengado con el éxito de mi comedia; y deseo que todas aquéllas que podría hacer sean tratadas por ellos como ésta, con tal de que el resto suceda igual.

Me siento el hombre más torpe del mundo cuando tengo que dedicar un libro, y estoy tan poco dotado para las dedicatorias, que no sé cómo salir de ésta. Otro autor en mi lugar no tardaría en encontrar cien bellezas que decir de Su Alteza Real en relación con este título de *Escuela de mujeres* y su ofrecimiento. Pero en cuanto a mí, Madame, le confieso mi debilidad. Nada sé de ese arte de encontrar relaciones entre cosas tan poco afines; y pese a las joyas que mis colegas los escritores me ofrecen a diario sobre temas semejantes, no veo qué podría Su Alteza Real sacar en claro con la comedia que pongo a su disposición. No es que no sepa, claro está, cómo alabarla. La materia, Madame, salta a la vista y desde donde se la mire no se encuentra en usted más que gloria sobre gloria y cualidades sobre cualidades. Cuenta usted, Madame, con rango y origen, que le han valido el respeto de todo el mundo. Cuenta con gracias y espíritu y figura, que hacen que todos cuantos la miran no puedan menos que admirarla. Su alma tiene tantas cualidades que, si osara hablar así, han hecho que la amen todos aquellos que tienen el honor de acercársele: me refiero a esa dulzura plena de encanto con la

cual se digna temperar el orgullo de los grandes títulos que porta, a esa bondad complaciente que despliega con todo el mundo. Y son estas últimas virtudes en particular las que más me tocan y respecto de las cuales sinceramente siento que, llegado el caso, no podría callármelas. Pero de nuevo, Madame, no veo de qué manera incluir aquí verdades tan deslumbrantes. Son a mi juicio cosas demasiado conocidas y elevadas para pretender encerrarlas en una epístola y mezclarlas con bagatelas. A la luz de lo cual, Madame, no veo qué más pueda hacer aquí además de dedicarle simplemente mi comedia y asegurarle, con todo el respeto que me es posible, que soy,

de Su Alteza Real,

Madame,

el más humilde, más obediente y más complaciente
servidor,

M O L I È R E

PERSONAJES

ARNOLFO *Señor de la Cepa*

INÉS *Joven inocente educada por Arnolfo*

HORACIO *Amante de Inés*

ALAIN *Campesino, criado de Arnolfo*

GEORGINA *Campesina, criada de Arnolfo*

CRISALDO *Amigo de Arnolfo*

ENRIQUE *Cuñado de Crisaldo*

ORONTE *Padre de Horacio
y gran amigo de Arnolfo*

La escena transcurre en una plaza.

PRIMER ACTO

•

ESCENA PRIMERA

CRISALDO, ARNOLFO

CRISALDO ¿Me dice que viene a desposarla?

ARNOLFO Sí, quiero dar por terminado esto mañana.

CRISALDO Estamos aquí solos; y creo que podemos, sin temor de ser oídos, discutirlo: ¿Quiere que como amigo le abra mi corazón? Sus planes me hacen temblar de miedo por usted; y de cualquier manera que plantee el asunto, creo que en su caso tomar mujer es una decisión muy temeraria.

ARNOLFO Es verdad, amigo. Tal vez desde su punto de vista encuentre motivos para temer por nosotros. Y por lo que veo, su frente quiere que los cuernos sean siempre el privilegio infalible del matrimonio.

CRISALDO Son golpes del azar de los que no somos responsables, y bien tonta me parece toda precaución. Pero si temo por usted es por esa misma mofa de la

que han sido víctimas mil pobres maridos. Porque usted sabe mejor que nadie que ninguno, ni grande ni pequeño, se ha visto a salvo de sus críticas; pues uno de sus mayores placeres, esté donde esté, es divulgar a voces las intrigas secretas.

ARNOLFO Es cierto. ¿Existe otra ciudad en la que los maridos sean tan tolerantes como los nuestros? ¿No los hay de todo tipo que se apañan con cualquier situación? El uno amasa bienes que su mujer comparte con quienes tanto hacen por volverlo cornudo; el otro, más feliz pero no menos indigno, ve cómo a diario le llegan regalos a su mujer sin que un atisbo de celos atormente su espíritu, pues según ella se deben a su virtud.

El uno monta una escena que no le sirve de nada; el otro, tranquilamente, deja que las cosas sigan su curso, y al ver que el galán aparece en su casa, de lo más civilizado le recibe los guantes y el abrigo. La una, mujer hábil, le hace falsas confidencias sobre su galán a su fiel marido, que gracias a este artificio duerme seguro mientras aquél lo compadece por la falta de atenciones de las que él no se priva; la otra, para justificar su magnificencia, dice que ha ganado en el juego el dinero que derrocha; y el tonto del marido,

sin imaginar siquiera de qué juego se trata, da gracias a Dios por las ganancias de ella. En fin, hay por doquier sujetos dignos de burla, ¿y por qué no puedo yo como espectador reírme de ellos? ¿De nuestros pobres tontos?

CRISALDO Sí, pero quien ríe de los demás debe temer que en venganza se rían también de él. Oigo hablar a la gente y veo cómo se solazan corriendo a divulgar lo que a otros sucede; pero por mucho que vengan a contarme, no me habrán visto jamás regodearme con sus habladurías. Soy suficientemente modesto; y aunque en muchos casos podría condenar ciertas tolerancias, y de ninguna manera está entre mis proyectos padecer lo que algunos maridos sufren pasivamente, jamás me he permitido decirlo; porque siempre es de temer un revés del destino y nunca uno debe jurar sobre lo que haría o dejaría de hacer en tales casos. Así, cuando a mi frente le caiga una desgracia humana, porque son tantas las cosas que nos depara el destino, puedo estar casi seguro de que gracias a mi proceder se contentarán con reírse a mis espaldas; e incluso puede que tenga la suerte de que algunas buenas almas se lamenten por mí. Pero en cuanto a usted, mi querido compadre, las cosas son a otro precio. Una vez más se lo digo, se

arriesga endiabladamente. Como su lengua siempre se ha cebado con los pobres maridos señalados y se ha desatado como un diablo contra ellos, va a tener que andarse con precauciones para evitar el engaño; y si llegan a tener por dónde agarrarlo, cuídese de que en cada esquina no se burlen de usted. Y además...

ARNOLFO Por Dios, amigo mío, no se atormente tanto: muy superior tendrá que ser la que me coja desprevenido. Conozco las artimañas y las sutiles tramas a las que recurren las mujeres para plantarnos y sé cómo nos engañan con sus destrezas. He tomado mis medidas contra estos incidentes; aquella que voy a desposar tiene la ingenuidad necesaria para salvar mi frente de influencias malignas.

CRISALDO Y es que pretende, en una palabra, que una tonta...

ARNOLFO Se desposa una tonta para no ser uno el tonto. Reconozco, en buen cristiano, que su otra mitad tiene buen juicio; pero una mujer habilidosa no presagia nada bueno, y sé lo que le ha costado a cierta gente haber escogido a la suya con demasiados talentos. ¿Yo, hacerme cargo de una mujer espiritual, de esas que no hablan más que de círculos y de salones, que escriben bellezas en prosa y en verso y a quienes

visitan marqueses y espíritus ilustrados mientras yo, en mi calidad de marido de la señora, me convierto en el santo a quien nadie invoca? No, no, lo que menos quiero es un espíritu elevado, y mujer que compone versos sabe más de lo que necesita. Yo aspiro a que la mía sea tan poco ilustrada que no sepa ni siquiera lo que es un verso; de modo que, si se diera el caso de que jugáramos a las rimas y, llegado su turno, le preguntaran: “¿Qué trajiste?”, quiero que ella responda: “Una tarta de crema”, no de alpiste. En una palabra, que sea de una ignorancia extrema, y, para hablarle claro, es suficiente con que sepa rogar a Dios, amarme, coser y bordar.

CRISALDO ¿Una mujer estúpida? ¿Es eso lo que quiere?

ARNOLFO Tanto, que preferiría una fea tonta que una bellísima con demasiado vuelo.

CRISALDO El espíritu y la belleza...

ARNOLFO Me basta la honestidad.

CRISALDO ¿Y cómo pretende, a fin de cuentas, que una bestia pueda entender jamás lo que es ser honesta? Aparte de lo aburrido, creo yo, que debe ser vivir toda la vida al lado de una bestia, ¿realmente cree estar en lo correcto? ¿Será posible que la seguridad de una frente pueda estar bien fundada sobre semejante idea?

Una mujer de espíritu podría traicionar sus deberes, pero tendría al menos que atreverse a desearlo; la estúpida falta normalmente a los suyos sin quererlo y sin siquiera darse cuenta.

ARNOLFO A este bello argumento, a este discurso profundo, le respondo lo que Pantagruel a Panurge: intente persuadirme de que me una a una mujer que no sea tonta, predíquelo, insista en ello hasta Pentecostés; acabará por darse cuenta, aunque ello lo sorprenda, de que no hay manera de convencerme.

CRISALDO Entonces no diré más.

ARNOLFO Cada cual con su método. En mujeres, como en todo, quiero seguir mi estilo. Creo que soy lo suficientemente rico como para poder escoger una esposa que en todo se avenga a mí con sumisa y total dependencia, y que no tenga ni bienes ni cuna para echarme en cara. Desde que tenía cuatro años, su aire dulce y reposado, en medio de otros niños, me inspiró el amor por ella; su madre se encontraba en una pobreza apremiante, por lo que se me ocurrió pedírsela, y la buena mujer accedió a mis deseos, encantada de librarse de esa carga. La hice educar según mi política en un conventico alejado de toda actividad, determinando qué tipo de cuidados debía recibir

para volverla tan idiota como fuera posible. Gracias a Dios, mi espera se vio recompensada; y ahora que ha crecido, la veo tan inocente que bendigo al cielo por haber encontrado el modo de fabricarme una mujer a la medida de mis deseos. Entonces me la llevé, y como mi casa siempre está abierta a todo tipo de gente, y hay que estar prevenido, la aislé en esta otra casa a donde nadie me viene a ver; y para no estropear su bondad natural, sólo tengo aquí personas tan simples como ella. Usted me dirá: ¿Por qué me está contando esto? Es para tenerlo al tanto de mis intenciones. En resumen, como amigo fiel quiero invitarlo esta tarde a cenar con ella; quisiera que pudiera echarle una mirada y me dijera si deben condenarme por mi elección.

CRISALDO Acepto.

ARNOLFO Usted podrá, en esta reunión, formarse un juicio sobre su persona y su inocencia.

CRISALDO En cuanto a eso, lo que usted me ha dicho no puede...

ARNOLFO La verdad supera mis palabras. Me admira que pueda ser siempre tan simple, y a veces sale con unas cosas que me matan de la risa. El otro día (no me lo va a creer.), vino verdaderamente abrumada a

preguntarme, con una inocencia sin par, si uno hace los niños por la oreja.

CRISALDO Cómo me place, señor Arnolfo.

ARNOLFO ¡Bueno! ¿Y es que siempre me va a llamar por ese nombre?

CRISALDO ¡Ay! Se me viene a la boca muy a mi pesar y nunca me acuerdo del de Señor de la Ceba. ¿Cómo diablos se le fue a ocurrir cambiarse de nombre a los cuarenta y dos años y de un viejo tronco podrido de su heredad hacerse a un título señorial?

ARNOLFO Aparte de que la casa se conoce con este nombre, De la Ceba le place más a mis oídos que Arnolfo.

CRISALDO ¡Qué abuso quitarse el verdadero nombre de sus padres para tomar uno construido sobre quimeras! La mayoría de la gente padece de esa comezón. Sin querer compararlo, conozco a un campesino al que llamaban Gran-Piedra, que, no teniendo más que una cuarta de tierra, hizo cavar alrededor un foso empantanado y tomó el pomposo nombre de Señor de la Isla.

ARNOLFO Puede darme todos los ejemplos que quiera. Pero De la Ceba es el nombre que llevo: lo veo razonable y le encuentro atractivos; y no es muy amable conmigo llamarme por el otro nombre.

CRISALDO Sin embargo, a la mayoría le cuesta someterse, y veo incluso que así le dirigen muchas cartas.

ARNOLFO Bastante lo padezco de quienes no lo saben, pero de usted...

CRISALDO Sea. No vamos a pelear por eso. Haré todo lo posible por acostumbrar mi boca a no llamarlo más que Señor de la Cepa.

ARNOLFO Adiós. Voy a parar aquí a saludar y decir que he regresado.

CRISALDO (*Marchándose.*) A fe mía que el hombre está un poco chiflado.

ARNOLFO Es un poco sensible ante ciertos temas. Resulta extraño ver cómo cada cual defiende acaloradamente su opinión. (*Golpea.*) ¡Hola!

•

ESCENA SEGUNDA

ALAIN, GEORGINA, ARNOLFO

ALAIN ¿Quién llama?

ARNOLFO Abran. Supongo que después de diez días de ausencia estarán felices de verme.

ALAIN ¿Quién es?

ARNOLFO Yo.

ALAIN ¡Georgina!

GEORGINA ¿Qué pasa?

ALAIN Ve a abrir.

GEORGINA Ve tú.

ALAIN Ve tú.

GEORGINA No voy a ir.

ALAIN Yo tampoco.

ARNOLFO ¡Lindo ritual para dejarme por fuera! ¡Hola!
¡Por favor!

GEORGINA ¿Quién es?

ARNOLFO Su señor.

GEORGINA ¡Alain!

ALAIN ¿Qué?

GEORGINA ¡Es el señor! ¡Abre! ¡Rápido!

ALAIN Abre tú.

GEORGINA Estoy atizando el fuego.

ALAIN Yo estoy evitando que se salga el gorrión y se
lo coma el gato.

ARNOLFO Aquel de ustedes dos que no me abra la puer-
ta pasará más de cuatro días sin comer. ¡Ah!

GEORGINA ¿Para qué vienes si ya voy yo?

ALAIN ¿Por qué tú y no yo? ¡Qué ideas más divertidas
se te ocurren!

GEORGINA ¡Quítate de ahí!

ALAIN ¡No! ¡Quítate tú!

GEORGINA Yo quiero abrir la puerta.

ALAIN Y yo también quiero abrirla.

GEORGINA Pues no la vas a abrir.

ALAIN Y tú tampoco.

GEORGINA Ni tú.

ARNOLFO Aquí me va a tocar armarme de paciencia.

ALAIN Ya estoy aquí, señor.

GEORGINA Soy su servidora, aquí estoy.

ALAIN Si no fuera por el respeto que le tengo aquí al señor, te...

ARNOLFO (*Recibiendo un golpe de Alain.*) ¡Peste!

ALAIN Perdón.

ARNOLFO ¡Hay que ver este pesado!

ALAIN Ella también, señor...

ARNOLFO Cállense los dos. Piensen más bien en res-ponderme y dejemos la tontería. Y bien, Alain, ¿cómo se portan por aquí?

ALAIN Señor, nosotros, nosotros. Señor, nosotros nos por. A Dios gracias, nosotros nos...

*(Arnolfo le quita tres veces el sombrero
a Alain de la cabeza.)*

ARNOLFO ¿Quién le ha enseñado, bestia impertinente, a

hablar delante de mí con el sombrero en la cabeza?

ALAIN Tiene razón, hice mal.

ARNOLFO (*A Alain.*) Dígale a Inés que baje.

ARNOLFO (*A Georgina.*) ¿Ella se quedó triste cuando me fui?

GEORGINA ¿Triste? No.

ARNOLFO ¿No?

GEORGINA ¡Sí!

ARNOLFO ¿Cómo...?

GEORGINA ¡No! ¡Sí! Ay, me muero. Estaba siempre pensando que ya había regresado, y jamás oímos pasar frente a nuestra casa caballo, burro o mula que ella no confundiera con usted.

•

ESCENA TERCERA

INÉS, ALAIN, GEORGINA, ARNOLFO

ARNOLFO ¡Con la labor en la mano! ¡Qué buena señal!

¡Y bien, Inés! He regresado. ¿No está contenta?

INÉS Sí señor, a Dios gracias.

ARNOLFO También yo estoy contento de volverla a ver.

¿Todo ha ido tan bien como parece?

INÉS Excepto por las pulgas, que me molestan de noche.

ARNOLFO Ah, dentro de poco tendrá a alguien que se las espante.

INÉS Estaré encantada.

ARNOLFO Me lo imagino. ¿Qué está haciendo?

INÉS Me estoy haciendo unas cofias. Sus camisones de noche y sus gorros ya están listos.

ARNOLFO Ah, qué bien. Ande, suba, y no se preocupe que ya vuelvo para que hablemos de asuntos importantes. *(Cuando todos han entrado.)*

Señoras sabias, heroínas del momento, dueñas de la ternura y de los bellos sentimientos, desafío sus versos, sus novelas, sus cartas, sus esquelas de amor, toda su ciencia, para que igualen en valor a esta honesta y púdica ignorancia.

•

ESCENA CUARTA

HORACIO, ARNOLFO

ARNOLFO No hay razón para que la bondad nos deslumbre, y mientras el honor sea. ¿Qué veo? ¿Será ...? Sí. Me equivoco. No es. Sí. No, es él, Horacio...

HORACIO Señor Arnolfo...

ARNOLFO ¡Horacio!

HORACIO ¡Arnolfo!

ARNOLFO ¡Ah! ¡Qué alegría! ¿Cuándo llegó?

HORACIO Hace nueve días.

ARNOLFO ¿De veras?

HORACIO Lo primero que hice fue pasar por su casa, pero fue inútil.

ARNOLFO Estaba fuera.

HORACIO Sí, desde hace dos días.

ARNOLFO ¡Ah! ¡Que rápido crecen los niños! Me sorprende verlo así, después de haberlo conocido así de pequeño.

HORACIO Ya ve.

ARNOLFO Pero, dígame, Oronte, su padre, mi bueno y caro amigo, a quien estimo y venero, ¿qué hace? ¿Qué cuenta? ¿Sigue tan jovial? Todo lo que le concierne me interesa, como bien sabe: hace cuatro años que no nos vemos.

HORACIO Y lo que es más, que no se escriben, según creo. Está mejor que usted y yo, señor Arnolfo. Traigo una carta para usted de su parte, aunque después, en otra, me cuenta que viene, pero desconozco la razón. ¿Sabe quién puede ser uno de sus vecinos que vuelve a estos lugares con los bienes adquiridos durante catorce años en América?

ARNOLFO No. ¿De casualidad le han dicho su nombre?

HORACIO Enrique.

ARNOLFO No.

HORACIO Mi padre me habla de él y de su regreso como si me fuera absolutamente familiar, y me escribe que ambos se pondrán en camino por un asunto importante que no menciona en su carta.

(Horacio le entrega a Arnolfo la carta de Oronte.)

ARNOLFO Me dará una gran alegría volverlo a ver y haré lo posible por atenderlo. *(Luego de leer la carta.)* Los amigos no deben escribir cartas tan formales, y tanto cumplimiento resulta inútil. Puede usted disponer libremente de mis bienes y no es necesario que él me escriba para eso.

HORACIO Soy hombre dado a tomar a la gente al pie de la letra, y en este momento estoy necesitando cien doblones.

ARNOLFO A fe mía que me complace gastarlos de este modo, y me alegro de tenerlos aquí. Quédese con la bolsa.

HORACIO Debería...

ARNOLFO Dejémonos de formalidades. ¡Y bien! ¿Cómo encontró la ciudad?

HORACIO Con muchos habitantes y construcciones soberbias, y creo que hay muchas formas de divertirse.

ARNOLFO Cada cual se busca los placeres a su acomodo; pero aquellos a los que se da el nombre de galanes tienen aquí con qué darse gusto, pues las mujeres son dadas al coqueteo: las hay dulces y morenas y rubias, y los maridos son los más indulgentes del mundo. Es un placer de príncipes, y me muero de la risa con cada cosa que veo. No me extrañaría que usted ya hubiera herido a alguna. ¿De casualidad no le ha sucedido aún? La gente como usted logra más que el dinero, y usted tiene la facha perfecta para hacer cornudos.

HORACIO No quiero ocultarle la verdad: tengo cierta aventura amorosa por estos lados, y la amistad me obliga a confiárselo.

ARNOLFO (*Aparte.*) ¡Bueno! He aquí una nueva historia picante para mis anales.

HORACIO Pero por favor, que esto quede entre nosotros.

ARNOLFO ¡Ah!

HORACIO No ignora usted que en estos casos un secreto a voces echa a pique nuestras pretensiones. Le

voy a confesar con toda franqueza que hay por aquí una beldad de la cual mi alma se ha prendado. Mis primeros avances tuvieron tanto éxito que logré abrirme un dulce acceso hacia ella; y sin hacer alarde ni pretender injuriarla, mis asuntos están en muy buena posición.

ARNOLFO (*Riéndose.*) ¿Y es?

HORACIO (*Señalándole la vivienda de Inés.*) Una cosita joven que vive en aquella casa cuyos muros rojos se ven desde acá; simplona, a decir verdad, por el error sin par de un hombre que la aparta del comercio del mundo; pero, en medio de la ignorancia en que la quieren mantener, ella despliega atractivos que deslumbran a cualquiera: un aire encantador, un no sé qué de ternura... ¡No hay corazón que pueda resistir! Pero no es posible que no haya visto alguna vez a este joven astro de amor tan dotado de atractivos. Se llama Inés.

ARNOLFO (*Aparte.*) ¡Ay, me muero!

HORACIO El hombre, creo, se llama De la Zeta o De la Cepa: no le he puesto mucha atención al nombre; rico, por lo que me han dicho, pero no de los más sensatos, y me lo han descrito como un ridículo. ¿De casualidad lo conoce?

ARNOLFO (*Aparte.*) ¡Qué trago tan amargo!

HORACIO ¡Eh! ¿No me dice nada?

ARNOLFO Sí, sí, lo conozco.

HORACIO Está chiflado, ¿no es cierto?

ARNOLFO Pues...

HORACIO ¿Qué dice? ¿Qué? ¿Ah? ¿Que sí? ¿Ridículamente celoso? ¿Tonto? Debe ser todo eso que me han dicho. En fin, la gentil Inés me ha sabido agarrar. Es una joyita linda, para qué le voy a mentir, y sería pecado que tan rara belleza quedara en manos de ese hombre tan extraño. En lo que a mí respecta, todos mis esfuerzos, mis más dulces deseos, están dirigidos a convertirme en su dueño a pesar del celoso; y con franqueza le digo que el dinero que le he pedido prestado es para llevar a cabo este justo empeño. Usted sabe mejor que yo que cualesquiera que sean nuestros esfuerzos, el dinero es la clave de toda gran empresa. Y que este dulce metal que a tantos pierde, en el amor como en la guerra, impulsa las conquistas. Lo veo triste. ¿Será que en efecto desaprueba mis planes?

ARNOLFO No, es que estaba pensando...

HORACIO Esta conversación lo aburre: adiós. Pronto pasaré por su casa a devolverle el favor.

ARNOLFO ¡No es necesario!

HORACIO (*Volviéndose.*) Una vez más le ruego que sea discreto y que, por favor, no divulgue mi secreto.

ARNOLFO ¡Que me pesa en el alma...!

HORACIO (*Volviéndose de nuevo.*) Sobre todo a mi padre, que tendría con ello un motivo de enojo.

ARNOLFO ¡Ay!... (*Creendo que se va a devolver otra vez.*) ¡Ay! ¡Cómo he sufrido durante esta conversación! ¡Jamás espíritu alguno se vio tan perturbado como el mío! ¡Con qué imprudencia y precipitud ha venido a contarme este asunto! Y aunque mi otro nombre lo tenga confundido y esté obnubilado, jamás lo había visto en ese estado de exaltación. Pero a pesar del sufrimiento, debería obligarme, hasta tener bien claro a qué atenerme, a llevar hasta el final su chachara indiscreta y averiguar a fondo su comercio secreto. Tratemos de alcanzarlo. No debe ir muy lejos. Saquémosle toda la información sobre este asunto. Tiemblo ante la desdicha que pueda sobrevenirme. Uno busca a menudo lo que no quiere encontrar.

SEGUNDO ACTO

•

ESCENA PRIMERA

ARNOLFO

ARNOLFO Ahora que lo pienso, sin duda me conviene no haberlo encontrado, pues me habría sido imposible ocultar a sus ojos este imperioso dolor: se habrían desbordado los diques de esta desdicha que me carcome, y no quiero que se entere de aquello que ignora. Pero no soy hombre que se trague una cosa así y le deje el campo libre a los deseos de un galán. Voy a intervenir y a averiguar, sin tardanza, hasta dónde ha llegado el entendimiento entre ellos. Se me está despertando un notable interés por mi honor: puesto que ella es mujer, es así como la veo. No ha podido caer sin cubrirme de vergüenza, y en últimas todo lo que haya hecho recae en mí. ¡Fatal distanciamiento! ¡Desdichado viaje!

(Toca a su puerta.)

•

ESCENA SEGUNDA

ALAIN, GEORGINA, ARNOLFO

ALAIN ¡Ay, señor! Esta vez...

ARNOLFO Calma. Vengan los dos. ¡Pasen! ¡Pasen! Que vengan, les digo.

GEORGINA Me está asustando, se me hiela la sangre.

ARNOLFO ¿Fue así como me obedecieron durante mi ausencia? ¿Se pusieron de acuerdo para traicionarme?

GEORGINA ¡Eh! ¡No me vaya a comer, señor, se lo suplico!

ALAIN (*Aparte.*) Algún perro rabioso lo mordió, mejor me cuido.

ARNOLFO ¡Uf! Estoy tan enojado que no puedo ni hablar. Me estoy ahogando, me quitaría la ropa. (*A Alain y Georgina.*) ¿Será posible, malditos canallas, que hayan permitido que un hombre entre a esta casa? (*A Alain.*) ¡Quieres huir! Necesito que ahora mismo... (*A Georgina.*) Si te mueves... Quiero que me digan... ¡Ah!... Sí. Quiero que ambos... (*Alain y Georgina se levantan y de nuevo intentar huir.*) Al que se mueva,

por Dios que lo mato. ¿Cómo es que este hombre se introdujo en mi casa? ¡Eh! Hablen, apúrense, rápido, con prontitud, ya. Despierten. ¿Me quieren decir?

ALAIN Y GEORGINA ¡Ah! ¡Ah!

GEORGINA Me falla el corazón.

ALAIN Me muero.

ARNOLFO Me derrito. Tomemos un poco de aire, necesito respirar, necesito dar una vuelta. ¿Cómo podría saber, yo que lo conocí de niño, que crecería para esto? ¡Cielos! ¿Cómo sufre mi corazón! Creo que es mejor sacárselo con suavidad y oír de su propia boca el asunto que me interesa. Tratemos de apaciguar nuestro resentimiento. Paciencia, corazón mío, suave, suave. (*A Alain y Georgina.*) Levántense y, cuando entren, hagan bajar a Inés. Un momento. (*Aparte.*) Ya no la sorprendería: ellos le advertirían del dolor que me aqueja, así que prefiero hacerla bajar yo mismo. (*A Alain y Georgina.*) Que me esperen aquí.

•

ESCENA TERCERA

ALAIN Y GEORGINA

GEORGINA ¡Dios mío! ¡Es terrible! Sus ojos me dieron

miedo, un miedo horrible. Nunca había visto a un cristiano más abominable.

ALAIN El señor lo enfureció: te lo advertí.

GEORGINA ¿Pero qué diantres significa que con tanto rigor nos obligue a guardar en la casa a nuestra ama? ¿A qué viene tanto empeño en ocultarla a todo el mundo y tanta resistencia a que alguien se le acerque?

ALAIN Es que eso lo pone celoso.

GEORGINA ¿Pero de dónde le salen esas ideas?

ALAIN Le salen. le salen de que es celoso.

GEORGINA Sí, ¿pero por qué lo es? ¿Por qué ese enojo?

ALAIN Es que los celos... óyeme bien, Georgina, son una cosa... que... que hace que uno se inquiete... y que aleja a las personas de los alrededores de una casa. Te voy a hacer una comparación para que puedas entenderlo mejor. Dime, si te estás tomando la sopa y viene una persona hambrienta a comérsela, te pondrías furiosa y de buen grado arremeterías contra ella, ¿no es cierto?

GEORGINA Sí, eso lo comprendo.

ALAIN Es exactamente lo mismo. La mujer es en efecto la sopa del hombre, y cuando un hombre ve que a veces otros hombres quieren meter los dedos entre su sopa, inmediatamente monta en cólera.

GEORGINA Sí, pero, ¿por qué no todos hacen lo mismo?
Algunos parecen contentos cuando sus mujeres están
con el señor equivocado.

ALAIN Es que no todos son tan golosos y lo quieren
todo para sí.

GEORGINA A menos que tenga telarañas en los ojos,
ahí viene.

ALAIN Tus ojos están bien, es él.

GEORGINA Mira cómo está de triste.

ALAIN Es que tiene problemas.

•

ESCENA IV

ARNOLFO, INÉS, ALAIN, GEORGINA

ARNOLFO Cierta griego le daba al emperador Augusto un consejo tan útil como justo. Cuando algo nos enfurezca, lo primero que debemos hacer es recitar el alfabeto, para que entretanto se tempere la bilis y no hagamos nada que no debamos hacer. He seguido este consejo en lo que se refiere a Inés, y la he hecho venir con el pretexto de dar un paseo, a fin de que

las sospechas de mi espíritu enfermo puedan con el discurso conducirla hábilmente y, al sondearle el corazón, aclararse con dulzura. Venga, Inés. (*A Alain y Georgina.*) A la casa.

•

ESCENA V

ARNOLFO E INÉS

ARNOLFO Lindo paseo.

INÉS Muy lindo.

ARNOLFO ¡Qué hermoso día!

INÉS Muy hermoso.

ARNOLFO ¿Qué hay de nuevo?

INÉS El gatito se murió.

ARNOLFO Es una lástima, pero, ¿qué le vamos a hacer?

Todos somos mortales y a todo el mundo le llega su hora. ¿Llovió mientras estuve fuera?

INÉS No.

ARNOLFO ¿Se aburrió?

INÉS Yo jamás me aburro.

ARNOLFO ¿Y qué hizo durante estos nueve o diez días?

INÉS Seis camisas, creo, y también seis cofias.

ARNOLFO (*Luego de un rato de ensoñación.*) El mundo es extraño, mi querida Inés. Hay maledicencia, la gente habla. Ciertos vecinos me dijeron que un joven desconocido vino en mi ausencia a la casa y que usted tuvo que padecer su presencia y sus sermones, pero yo no le di fe a esas lenguas malvadas y apuesto a que eran falsedades...

INÉS Por Dios, no apueste: perdería.

ARNOLFO ¿Qué? ¿Es verdad que un hombre...?

INÉS Seguro. Prácticamente no se movió de aquí, se lo juro.

ARNOLFO (*Aparte.*) Esta confesión que tan sinceramente me hace me confirma al menos su ingenuidad. (*A Inés.*) Pero me parece, Inés, si no me falla la memoria, que yo había prohibido que la visitaran.

INÉS Sí, pero cuando lo vi. usted no sabe por qué, pero seguramente habría hecho lo mismo que yo.

ARNOLFO Tal vez. Pero, en fin, cuénteme la historia.

INÉS Es muy sorprendente y difícil de creer. Yo estaba en el balcón trabajando al aire libre, cuando vi pasar bajo los árboles a un joven bien parecido, que al verme se apresuró a saludarme con una humilde reverencia. Yo, por no ser descortés, hice también una reverencia, y entonces él me hace otra reverencia; y

yo me apresuré a hacer otra, y entonces él vuelve y hace una tercera y yo vuelvo y le hago una tercera. Él pasa, sigue, y vuelve a pasar, y cada vez me hace una nueva reverencia, más bonita que la anterior; y yo que miraba fijamente todas esas vueltas, también le hacía nuevas reverencias: tanto que si en ese momento no hubiera llegado la noche, habría seguido así toda la vida, sin querer ceder y admitir la desdicha de que me considerara menos cortés que él.

ARNOLFO Muy bien.

INÉS Al día siguiente estaba en la puerta y me abordó una vieja que me dijo lo siguiente: “Mi niña, que el buen Dios la bendiga y conserve para siempre sus atractivos. Él no la hizo tan bella para que desperdicie las cosas que le ha dado. Debe saber que ha herido un corazón que hoy se lamenta por ello.”

ARNOLFO (*Aparte.*) ¡Ah! ¡Secuaz de Satán! ¡Execrable! ¡Maldita!

INÉS “Yo, ¿he herido a alguien?”, dije sorprendida. “Sí”, dijo ella, “herido, pero bien herido, y es al hombre a quien vio ayer desde el balcón.” “¡Ay! ¿Cuál pudo haber sido la causa? ¿Dejé caer algo sobre él sin darme cuenta?” “No”, dijo ella, “fueron sus ojos los que le dieron el golpe fatal, y de sus miradas proviene todo

el mal.” “¡Eh! ¡Por Dios! Mi sorpresa es única”, dije, “¿acaso mis ojos tienen maldad para darle al mundo?” “Sí”, dijo ella, “sus ojos, hija mía, tienen un veneno que usted desconoce y que puede causar la muerte. En una palabra, el pobre miserable languidece, y si su crueldad”, siguió la caritativa vieja, “le negara su ayuda, será hombre muerto en dos días.” “¡Por Dios! Qué dolor más grande me daría”, dije. “¿Pero qué clase de ayuda me pide?” “Hija mía”, me dijo ella, “él no pide más que la gracia de verla y entretenerla: sus ojos pueden por sí mismos impedir su ruina y del mal que han hecho ser la medicina.” “¡Pues bien! Con gusto”, dije, “y ya que se encuentra en ese estado, puede venir a verme tanto como quiera.”

ARNOLFO (*Aparte.*) ¡Ah, maldita bruja, emponzoñadora de almas, que el infierno te pague tus caritativas tramas!

INÉS Y he aquí que me vio y se curó. Dígame usted mismo si a su juicio no tuve yo razón. ¿Acaso habría podido cargar con la culpa de dejarlo morir sin asistencia, yo que tanto compadezco a aquellos que sufren y que no puedo ver morir a una gallina sin llorar?

ARNOLFO (*En voz baja.*) Todo esto es propio de un alma inocente; y debo culpar de lo sucedido a mi impruden-

te ausencia, que ha dejado sin guía a este dechado de bondades, expuesta al acecho de seductores astutos. Temo que el granuja, movido por sus deseos temerarios, haya llevado el asunto más allá de un juego.

INÉS ¿Qué le pasa? ¿Está refunfuñando un poquito, me parece? ¿Estuvo mal hecho lo que le conté?

ARNOLFO No. Pero cuénteme qué pasó durante esas visitas y cómo se portó el joven.

INÉS ¡Ay! Si supiera cómo estaba de contento, cómo desapareció su mal en cuanto lo vi, el joyero tan lindo que me regaló, el dinero que recibieron Alain y Georgina, usted también lo querría y diría como nosotros...

ARNOLFO Sí, ¿pero qué hacían cuando estaban solos?

INÉS Juraba que me amaba con un amor sin par y me decía las palabras más lindas del mundo, cosas que nadie podrá igualar jamás, y cuya dulzura, siempre que lo oigo, me produce un cosquilleo y una cierta sensación aquí adentro que no sé qué es y que me tiene toda conmovida.

ARNOLFO (*Aparte.*) ¡Oh, enojoso examen de un misterio fatal, en el que sólo el examinador padece todo el mal! (*A Inés.*) Pero fuera de tanto discurso y de tanta gentileza, ¿no le habrá hecho también una que otra caricia?

INÉS ¡Ay, tantísimas! Me cogía de las manos, de los brazos, y jamás se cansaba de besármelos.

ARNOLFO Dígame, Inés, ¿y de casualidad no le cogió otra cosa? (*Viéndola confundida.*) ¡Uf!

INÉS Pues me...

ARNOLFO ¿Qué?

INÉS Cogió...

ARNOLFO ¡Um!

INÉS La...

ARNOLFO Por favor...

INÉS No me atrevo, usted se enojaría conmigo.

ARNOLFO No.

INÉS Sí.

ARNOLFO ¡Por Dios, no!

INÉS Júrelo por su fe.

ARNOLFO Sea, por mi fe.

INÉS Me tomó. Se va a poner furioso.

ARNOLFO No.

INÉS Sí.

ARNOLFO No, no, no, no. ¡Diantre, qué misterio! ¿Qué fue lo que le cogió?

INÉS Él...

ARNOLFO (*Aparte.*) Sufro como un condenado.

INÉS Me cogió la cinta que usted me regaló. Para serle honesta, no pude defenderme.

ARNOLFO (*Respirando de nuevo.*) Dejemos la cinta. Yo quisiera saber si lo único que le hizo fue besarle los brazos.

INÉS ¿Cómo? ¿Es que se pueden hacer otras cosas?

ARNOLFO Claro que no. Pero para curarse del mal que dice tener, ¿no le pidió otro remedio?

INÉS No. Como podrá imaginarse, si me lo hubiera pedido, con tal de ayudarlo habría hecho cualquier cosa.

ARNOLFO (*En voz baja, aparte.*)

Alabado sea el Señor, salí bien librado; pero si vuelvo a caer, me tengo bien merecida la afrenta. (*En voz alta.*) Chito. Todo esto es producto de su inocencia, Inés. No le diré más: lo hecho, hecho está. Bien sé que al adularla el galán lo que quiere es abusar de usted para después reírse.

INÉS ¡En absoluto! Si más de veinte veces me explicó que no.

ARNOLFO ¡Ay! Usted no conoce a los de su calaña. Pero, en fin, debe aprender que aceptar joyeros y oírle los cuentos a esos galancitos, y dejarse, tan lánguidamente,

besar las manos y acariciar el corazón es uno de los pecados mortales más gordos que se puedan cometer.

INÉS ¿Un pecado, me dice? ¡Hágame el favor! ¿Y por qué?

ARNOLFO ¿La razón? La razón es que está escrito que estas acciones encolerizan al cielo.

INÉS ¿Lo encolerizan? ¿Pero por qué tendrían que encolerizarlo? ¡Si es algo, ay, tan placentero y dulce! Me admira el gusto que uno le saca a esto; hasta ahora no tenía ni idea de que eso pasara.

ARNOLFO Sí, es grande el placer que produce tanta ternura, tanta frase gentil y tanta dulce caricia; pero es necesario disfrutarlas con toda honestidad y sólo el matrimonio puede limpiar el crimen.

INÉS ¿Y ya no es pecado cuando uno se casa?

ARNOLFO No.

INÉS Entonces despóseme prontamente, se lo ruego.

ARNOLFO Si lo desea, yo también lo deseo. Y es por ello que me encuentro aquí.

INÉS ¿Será posible?

ARNOLFO Sí.

INÉS ¡Qué feliz me haría!

ARNOLFO Sí, no me cabe duda de que el himeneo la complacería.

INÉS Usted quiere que nosotros, nosotros dos...

ARNOLFO Claro que sí.

INÉS ¡Que yo lo acaricie, si eso sucede... !

ARNOLFO ¡Eh! La cosa será recíproca.

INÉS Yo nunca me doy cuenta cuando se están burlando de mí. ¿Me está hablando en serio?

ARNOLFO Sí, ya lo verá.

INÉS ¿Nos casaremos?

ARNOLFO Sí.

INÉS ¿Pero cuándo?

ARNOLFO Esta misma tarde.

INÉS (*Riéndose.*) ¿Esta misma tarde?

ARNOLFO Esta misma tarde. ¿Eso le da risa?

INÉS Sí.

ARNOLFO Verla contenta es lo que quiero.

INÉS ¡Ay! ¡Estaré en deuda con usted, y cómo disfrutaré con él!

ARNOLFO ¿Con quién?

INÉS Con... ése.

ARNOLFO Ése... ése no corre por cuenta mía. Se apresura usted un poco en escoger marido. En una palabra, es otro el que le tengo pensado. Y en cuanto al señor ése, lo que pretendo es, si usted está de acuerdo, que desde ahora rompa todo comercio con él para enterrar

el mal con el que la tiene encantada; que cuando venga a la casa a cortejarla, le cierre la puerta en las narices con toda honestidad. Y que si golpea, le arroje una teja por la ventana, obligándolo de una buena vez a desaparecer. ¿Me entiende, Inés? Escondido en un rincón, yo seré testigo de su proceder.

INÉS ¡Qué pesar! ¡Está tan bien hecho! Es tan...

ARNOLFO ¡Ay! ¡Qué lenguaje!

INÉS No tendría corazón...

ARNOLFO No se hable más. Súbase.

INÉS ¿Pero por qué? ¿Acaso quiere...?

ARNOLFO Suficiente. Yo soy el amo y he hablado. Ande, obedezca.

TERCER ACTO

•

ESCENA PRIMERA

ARNOLFO, INÉS, ALAIN, GEORGINA

ARNOLFO Sí, todo salió bien y mi felicidad no tiene igual. Por lo que pude ver, siguieron mis instrucciones a la perfección y dejaron completamente confundido al seductor. Ya ven para qué sirve un director experimentado. Se habían aprovechado de su inocencia, Inés. Hay que ver en las que andaba sin darse cuenta: sin mi guía, iba derecho por el camino del infierno y de la perdición. Bien conocidas son las costumbres de esos galancillos, con sus elegantes ligas, sus cintas y sus plumas, su abundante cabellera, sus hermosos dientes y sus dulces palabras. Pero, como le expliqué, por debajo están las garras. Y son verdaderos satanes, cuyas jetas ávidas buscan zamparse el honor femenino. Pero una vez más, gracias a mis cuidados, ha logrado salir de ésta con su honestidad intacta. La actitud con la que la vi botar esa piedra, que echó por tierra todas las esperanzas de él, me confirma aún

más que no se debe diferir la boda para la cual debe prepararse, como le expliqué. Pero primero que todo es importante que le diga unas palabritas salvadoras. Acerque un asiento y sentémonos aquí, al aire libre. Si alguna vez usted...

GEORGINA Sus lecciones nos harán mucho provecho. Ese otro señor nos engañaba, pero...

ALAIN Si entra de nuevo, juro que no vuelvo a beber. Además es un tonto: la otra vez nos dio dos escudos de oro que no pesaban nada.

ARNOLFO Consigan para la cena todo lo que les pedí; y para el contrato, como les dije, a la vuelta recojan, el uno o la otra, al notario que vive en la esquina.

•

ESCENA SEGUNDA

ARNOLFO, INÉS

ARNOLFO (*Sentado.*) Deje a un lado su labor, Inés, y óigame bien. Levante un poco la cabeza y voltée la cara: aquí, míreme aquí mientras le hablo, y grábese bien hasta la última palabra. La desposo, Inés, y cien veces al día debe bendecir su suerte, contemplar lo bajo que estuvo y a la vez admirar mi bondad, que de

ese vil estado de pobre aldeana la ascenderá al rango de honorable burguesa, y le permitirá disfrutar del lecho y de los besos de este hombre que rehuía todo compromiso y cuyo corazón negó el honor, que ahora le hace a usted, a más de veinte partidos, a cual más cautivador. Debe en toda ocasión, digo yo, tener presente lo poquito que usted sería sin esta gloriosa alianza, con el fin de que este anillo pueda enseñarle mejor a merecer el estado al que la llevo, a ocupar siempre su lugar y hacer que jamás me arrepienta de este acto. El matrimonio, Inés, no es cosa de broma: el rango de esposa la compromete a deberes austeros y no es mi idea que acceda a él para que se porte como una libertina y se la pase bien. Su sexo no existe más que para la dependencia: el poder está del lado de las barbas.

Si bien es cierto que somos dos mitades de la sociedad, estas dos mitades, sin embargo, no están en pie de igualdad: la una es una mitad suprema y la otra subalterna; la una en todo es sumisa a la otra que gobierna; y toda la obediencia que el soldado instruido en su deber le demuestra al jefe que lo conduce, el mayordomo a su amo, un niño a su padre, a su superior el más ínfimo novicio, no se acerca ni poquito

a la docilidad y a la obediencia, a la humildad y al profundo respeto que la mujer debe a su marido, su jefe, su señor y su amo. En cuanto él pose sobre ella su mirada severa, su deber es bajar de inmediato los ojos y no osar jamás mirarlo a la cara, excepto cuando él quiera hacerle el don de una dulce mirada. Esto es lo que no han logrado entender las mujeres de hoy, pero no debe usted guiarse por el ejemplo de las otras. Cuídese bien de imitar a esas villanas coquetas cuyas calaveradas son la comidilla de toda la ciudad, y de caer en las redes del maligno, con lo cual me refiero a atender a cualquier joven galancillo. Piense que al convertirla en mitad de mi persona es mi honor, Inés, el que estoy poniendo en sus manos y que ese honor es tierno y fácil de herir, y que este asunto no es cosa de juego, y que en los infiernos hay calderas hirvientes donde se hunden para siempre las mujeres de mal vivir.

Esto que le estoy diciendo no es para tomárselo a la ligera, y usted debe grabarse en el corazón estas lecciones. Si su alma las acata y huye de la coquetería, ella será siempre como la flor de lis, blanca e inmaculada; pero si llegara a faltarle al honor, ella se volverá negra como un carbón; todos la verán como un objeto

aterrador y acabará un día, verdadero botín del diablo, hirviendo en los infiernos por toda la eternidad: ¡Quiera la bondad del cielo protegerla! ¡Acójase a ella! Así como una novicia en el convento debe saberse el oficio de memoria, hay que hacer otro tanto al entrar al matrimonio; y he aquí que en mi bolsillo tengo un escrito importante (*Se levanta.*) Que le enseñará los deberes de la mujer. Desconozco al autor, pero es un alma bondadosa, y quiero que ésta sea su única distracción. Tenga. Veamos si lo sabe leer.

INÉS (*Lee.*) *Máximas del matrimonio o Los deberes de la mujer casada con su práctica cotidiana.*

PRIMERA MÁXIMA

Aquella a quien un vínculo honesto lleva a un lecho ajeno debe meterse en la cabeza, pese a las prácticas modernas, que el hombre que la toma, la toma sólo para él.

ARNOLFO Ya le explicaré lo que esto quiere decir. Por lo pronto, basta con que lea.

INÉS (*Sigue.*)

SEGUNDA MÁXIMA

No debe acicalarse más de lo que pueda desearlo el marido que la posee: sólo a él le atañe el cuidado de su belleza, y para nada debe contar que los otros la encuentren fea.

TERCERA MÁXIMA

Nada de miradas embellecidas, ni de afeites, ni de aguas, ni de polvos, ni de pomadas, ni de los mil ingredientes que hacen florecer el rostro: esas son drogas mortales para el honor, y la preocupación por la belleza no suele tener en cuenta al marido.

CUARTA MÁXIMA

Al salir, como manda el honor, debe asfixiar bajo la cofia los impulsos de sus ojos; pues para serle grata a su esposo no debe serle grata a nadie más.

QUINTA MÁXIMA

La norma correcta prohíbe recibir a alma alguna, fuera de quienes visitan al marido. Los que, con espíritu galante, sólo van por la señora, no acomodan al señor.

SEXTA MÁXIMA

Debe saber cuidarse de los regalos de los hombres, pues en los tiempos que corren no se da algo a cambio de nada.

SÉPTIMA MÁXIMA

Debe aburrirse entre sus muebles, sin escritorio, tinta, papel o pluma: dictan las buenas costumbres que es el marido quien debe escribir todo lo que se escriba en su casa.

OCTAVA MÁXIMA

Esas sociedades sin normas a las que llaman bellas asambleas corrompen a diario el espíritu de las mujeres: en buena política habría que prohibirlas, pues es allí donde se conspira contra los pobres maridos.

NOVENA MÁXIMA

Toda mujer que quiera consagrarse al honor debe alejarse del juego como de una cosa funesta: porque el juego, engañoso como es, suele llevar a la mujer a jugarse los restos.

DÉCIMA MÁXIMA

No debe participar en paseos de temporada ni en almuerzos campestres: como bien saben los de seso prudente, este tipo de invitaciones siempre las paga el marido.

UNDÉCIMA MÁXIMA

...

ARNOLFO Ya acabará usted sola, y ya iré yo explicándole paso a paso estas cosas como es debido. Me acabo de acordar de un asuntillo: no es más que un recadito, no me demoro nada. Entre a la casa y conserve este libro con cariño. Si viene el notario, que me espere un minuto.

•
ESCENA TERCERA

ARNOLFO

ARNOLFO Lo mejor que puedo hacer es convertirla en mi esposa. Puedo moldear esa alma a mi antojo; ella es como un trozo de cera entre mis manos al cual le doy la forma que me plazca. Poco faltó para que durante mi ausencia me atraparan por su inocencia excesiva; pero a decir verdad, más vale que la mujer de uno peque por ese lado. El remedio para este tipo de errores es sencillo. Toda persona simple es dócil ante las reconvenciones, y si la han hecho alejarse del buen camino, un par de gritos pueden devolverla a él. Pero las mujeres hábiles son animales diferentes: nuestra suerte depende totalmente de su cabeza; nada las disuade cuando algo se les mete en ella, y nuestras enseñanzas allí se desvanecen. Su ingenio les sirve para hacer mofa de nuestras máximas, para hacer virtudes de sus crímenes y para encontrar todo tipo de artimañas capaces de engañar al más avisado, con tal de lograr sus culpables propósitos. En vano se fatiga uno para eludir el golpe: una mujer ingeniosa

es un diablo intrigante; y una vez que su capricho ha resuelto sentenciar nuestro honor, no hay nada que hacer: muchos hombres honestos pueden dar fe de ello. En fin, mi despistado amigo no tendrá ocasión de reírse. Tendrá lo que se merece por su charlatanería. He aquí el defecto más común de los franceses: basta que les sonría la fortuna para que empiece a importunarlos el secreto, y la tonta vanidad tiene para ellos tantos atractivos que se morirían antes que quedarse callados. ¡Ay! Qué bien tienta el diablo a las mujeres para que escojan a esos alocados y... Pero hélo aquí. Disimulemos y veamos un poco qué lo aqueja.

•

ESCENA CUARTA

HORACIO, ARNOLFO

HORACIO Vengo de su casa y me parece que el destino no quiere que usted y yo nos encontremos. Pero seguiré yendo hasta que por fin...

ARNOLFO ¡Ay, por Dios! Dejémonos de tan vanos cumplidos. Nada me disgusta tanto como las ceremonias y si me hicieran caso estarían prohibidas. Es una

maldita costumbre y la mayoría de la gente pierde tontamente en ella dos tercios de su tiempo. Así que vamos al grano. ¡Y bien! ¿Puedo saber en qué van sus amoríos, señor Horacio? Antes estaba ya un poco distraído por alguna tontería, pero después me quedé pensando que era admirable la rapidez con la que progresaban y mi espíritu empieza a interesarse.

HORACIO A fe mía que después de que le abrí mi corazón, mi amor entró en desgracia.

ARNOLFO ¡Oh! ¡Oh! ¿Y cómo fue eso?

HORACIO La cruel fortuna hizo que el patrón de la bella regresara.

ARNOLFO ¡Qué infelicidad!

HORACIO Y además, para mi gran pesar, se enteró de nuestro comercio secreto.

ARNOLFO ¿Y cómo diantres se enteró tan pronto de esta aventura?

HORACIO No lo sé, pero es cosa segura. Hace más o menos una hora pensé en ir a darle una vuelta a sus jóvenes encantos, cuando, mudando de tono y de semblante, sirvienta y mayordomo me impidieron el paso, y con un “Retírese, nos está importunando”, me cerraron con bastante grosería la puerta en las narices.

ARNOLFO ¡La puerta en las narices!

HORACIO En las narices.

ARNOLFO La cosa me parece un poco fuerte.

HORACIO Quise hablarles a través de la puerta, pero a todo lo que les dije me respondieron: “Usted no puede entrar, el señor lo ha prohibido.”

ARNOLFO ¿Y no abrieron?

HORACIO No. Y desde la ventana, Inés me confirmó el regreso de su amo, expulsándome de allí con altivez y con una teja que me arrojó con su propia mano.

ARNOLFO ¿Cómo, una teja?

HORACIO Sí, y una teja nada pequeña, con la cual acogieron mi visita.

ARNOLFO ¡Diantre! ¡La cosa no pinta nada bien! Y me parece terrible el estado en que lo encuentro.

HORACIO Es cierto, este funesto regreso me ha puesto mal.

ARNOLFO ¡Y cuánta razón tiene! Me siento indignado. ¡Qué injusticia!

HORACIO Este hombre me lo está complicando todo.

ARNOLFO Sí, pero eso no es nada, y ya encontrará el modo de recuperarse.

HORACIO Hay que intentarlo, y buscar la manera de vencer la estricta vigilancia del celoso.

ARNOLFO Eso le será fácil. Después de todo la joven lo ama.

HORACIO Así es.

ARNOLFO Logrará lo que se propone.

HORACIO Eso espero.

ARNOLFO La teja le dañó el caminado. Pero no se deje confundir.

HORACIO Por supuesto que no. Desde el principio entendí que allí estaba mi hombre y que, sin dejarse ver, estaba manejándolo todo. Pero lo que me sorprendió, y también lo sorprenderá a usted, fue otro incidente que voy a contarle. Una salida audaz de esta joven belleza, que uno no se esperaría a juzgar por su simpleza. Hay que admitirlo, el amor es un gran maestro: nos enseña a ser aquello que jamás fuimos, y a menudo, gracias a sus lecciones, logra que nuestras costumbres cambien por completo de un momento a otro. Derriba los impedimentos de nuestra naturaleza y sus súbitos efectos parecen cosa de milagro. En un instante convierte en magnánimo al avaro, en valiente al cobarde y en cortés al bruto; torna ágil al más lerdo e ingenioso al más inocente. Éste fue el milagro que se dio en Inés, pues cortando tajantemente conmigo en estos términos: “Retírese, mi espíritu renuncia a las visitas. Conozco

todos sus discursos y he aquí mi respuesta”, la piedra o la teja, que tanto lo impresionaron, cayó a mis pies con una nota; y me admiro de ver cómo acomodó esta carta con el sentido de las palabras y la piedra lanzada. ¿No le sorprende semejante acción? ¿No conoce el amor el arte de aguzar los espíritus? ¿Y puede alguien negarme que estas llamas poderosas obran prodigios en los corazones? ¿Qué me dice de la treta y de esta nota? ¡Ah! ¿No es admirable su ingenio? ¿No le parece delicioso el papel que jugó mi celoso en toda esta trama? Dígame.

ARNOLFO Sí, delicioso.

HORACIO Ríase entonces un poco. (*Arnolfo se ríe con una risa forzada.*) Este hombre, indignado por mis avances, que se oculta en su casa y hace ese despliegue de tejas como si yo quisiera entrar por asalto; que para rechazarme, en su extraño terror, incita desde adentro a todas sus gentes contra mí, ¡es engañado en sus narices por aquella a quien quiere mantener en la ignorancia extrema con sus maquinaciones! Pero le confieso que a mí, aunque su regreso ha puesto mis amores en dificultades, todo esto me parece más divertido de lo que podría expresarle, y no puedo pensar en ello sin morirme de risa; pero me parece que a usted no le hace tanta gracia.

ARNOLFO (*Con una risa forzada.*) Discúlpeme, me río tanto como puedo.

HORACIO Pero como amigo debo mostrarle la carta. Su mano supo expresar todo lo que siente su corazón, pero en términos conmovedores y llenos de bondad, de inocente ternura y de ingenuidad, de la manera, en fin, como la naturaleza pura expresa la primera herida de amor.

ARNOLFO (*En voz baja.*) Mira, bribona, para qué te sirvió la escritura, y su arte te fue revelado contra mis designios.

HORACIO (*Lee.*)

“Quiero escribirle, pero no sé bien cómo empezar. Tengo pensamientos que me gustaría que usted conociera, pero no sé cómo hacer para decírselos y desconfío de mis palabras. Como empiezo a darme cuenta de que siempre me han tenido en la ignorancia, tengo miedo de poner algo que no esté bien y de decir más de lo que debiera. A decir verdad, no sé qué es lo que usted me ha hecho; pero siento que me muero de rabia de lo que me hacen hacer contra usted, que sentiría todas las tristezas del mundo si tuviera que prescindir de usted, y que nada me gustaría tanto como ser suya. Tal vez esté mal decirlo, pero no

puedo evitarlo, y me hubiera gustado poder hacerlo sin que lo fuera. Mucho me han dicho que todos los jóvenes son unos embusteros, que no hay que escucharlos nunca, y que todo lo que usted me dice es sólo para engañarme; pero yo le aseguro que no creo eso de usted, y estoy tan conmovida con sus palabras que no podría concebir que fueran mentirosas. Dígame francamente si es así; porque como carezco de malicia, sería usted el hombre más malvado del mundo si me engañara; y pienso que yo moriría de infelicidad.”

ARNOLFO (*Aparte.*) ¡La muy perra!

HORACIO ¿Qué le pasa?

ARNOLFO ¿A mí? Nada, estaba tosiendo.

HORACIO ¿Ha oído usted jamás expresiones más dulces? ¿Pese a los cuidados malditos de un poder injusto, se habrá visto naturaleza más hermosa? ¿Y no es acaso un crimen digno de castigo estropear tan malvadamente ese espíritu admirable, mantenerlo en la ignorancia y la estupidez y haber querido asfixiar su claridad? El amor ha comenzado a desgarrar el velo; y si por la gracia de alguna buena estrella, puedo, como lo espero, a este franco animal, este traidor, este verdugo, este bellaco, este bruto...

ARNOLFO Adiós.

HORACIO ¿Cómo, tan pronto?

ARNOLFO Me acabo de acordar de un asunto urgente.

HORACIO Pero, como la mantienen tan controlada, ¿no sabría usted quién podría tener acceso a esa casa? La utilizo sin escrúpulos; entre amigos puede uno ayudarse de esa manera. Allí no hay sino gente que me vigila; y la sirvienta y el mayordomo, a quienes acabo de ver, en ningún momento, por mucho que me esforcé, suavizaron su actitud ni quisieron entenderme. Para tales asuntos tenía a la mano a cierta vieja de una genialidad sobrehumana, hay que decirlo. Al principio me fue muy útil, pero hace cuatro días la pobre murió. ¿No podría usted ayudarme a encontrar un camino?

ARNOLFO Realmente no. Ya lo encontrará sin mi ayuda.

HORACIO Adiós, pues. Ya ve lo que le confío.

•

ESCENA QUINTA

ARNOLFO

ARNOLFO ¡Cómo me mortifica estar ante él! ¡Cómo me cuesta ocultar mi profunda infelicidad! ¡Hay que ver!

¡Qué presencia de ánimo para alguien tan inocente! O fingió serlo ante mis ojos, la muy traidora, o el diablo le insufló esas artes en el alma. En todo caso este funesto escrito me ha matado. Me doy cuenta de que él, el muy traidor, embaucó su espíritu y le echó el lazo en mi ausencia; y esa es mi desesperación y mi pena mortal. Sufro doblemente por el robo de su corazón y el amor lo resiente tanto como el honor. Rabio de encontrar usurpado el lugar y rabio de ver traicionada mi prudencia. Sé bien que para castigar su amor libertino me basta con dejar que su destino siga su torcido curso, que seré vengado por su propia mano. Pero es muy enojoso perder lo que se ama. ¡Cielos! ¡Si una decisión me hace filosofar tanto ha de ser que sus encantos se me han metido muy adentro! Ella no tiene ni padres, ni apoyo, ni riquezas; traiciona mis cuidados, mis bondades y mi ternura, y sin embargo, la amo, después de este cobarde lance, hasta el punto de no poder vivir sin este amor. Tonto, ¿es que has perdido la vergüenza? ¡Ah! Voy a estallar, me muero de rabia, me daría mil bofetadas. Quiero entrar un momento, pero sólo para ver cómo se porta después de tan negra acción. Dios mío, mantén mi frente exenta de desgracia; pero si es necesario que yo

pase por esto, dame al menos, para estos momentos,
la constancia que muestran ciertas gentes.

ACTO CUARTO

•

ESCENA PRIMERA

ARNOLFO

ARNOLFO Lo confieso: me cuesta quedarme quieto.

Rondan mi espíritu mil planes para poner orden tanto en casa como afuera y malograr así los esfuerzos del galancillo. ¡Con qué cara me ha sostenido la mirada, la muy traidora! No está ni pizca conmovida por todo lo que me ha hecho; y aunque me tiene a dos dedos de la muerte, se diría, al verla, que la cosa no es con ella. Cuando más tranquila la veía, tanto más me hervía la sangre, y estos arrebatos que inflamaban mi corazón parecían redoblar mi ardor amoroso. Me sentía amargado, furioso, desesperado, y sin embargo, jamás la vi tan bella, jamás sus ojos a los míos parecieron tan penetrantes, jamás sentí por ellos tan apremiantes deseos; y siento aquí adentro que moriré si la desgracia se apodera de mi triste suerte. ¡Cómo! ¡Habré dirigido su educación con tanta ternura y precauciones, la habré llevado a mi casa desde su infancia

y acariciado las más tiernas esperanzas, mi corazón se habrá entusiasmado con sus crecientes atractivos y habré creído prepararla para mí durante trece años para que un loquito con el cual se ha encaprichado venga a quitármela en mis propias barbas, cuando ya estaba medio casada conmigo? ¡No, pardiez! ¡No, pardiez! Puede insistir si quiere, mi tonto amigo: ya sea que me esfuerce en vano o que logre disipar de una vez por todas sus esperanzas, a fe mía que de mí usted no volverá a reírse.

•

ESCENA SEGUNDA

EL NOTARIO, ARNOLFO

NOTARIO. ¡Ah! ¡Aquí está! ¡Buenos días! Estoy listo para arreglar el contrato que usted desea hacer.

ARNOLFO (*Sin verlo.*) ¿Qué hacer...?

NOTARIO Lo usual.

ARNOLFO (*Sin verlo.*) Debo pensar bien qué medidas tomar.

NOTARIO Yo no haría nada contra sus intereses.

ARNOLFO (*Sin verlo.*) Hay que ser precavido.

NOTARIO Basta con que deje el asunto en mis manos.

No debe, por miedo al engaño, arrepentirse de un contrato que aún no ha visto.

ARNOLFO (*Sin verlo.*) Si armo un escándalo, temo que se hable en el pueblo del incidente.

NOTARIO Si el contrato se hace en secreto es fácil impedir el escándalo.

ARNOLFO (*Sin verlo.*) Pero, ¿cómo arreglar con ella?

NOTARIO Lo de la viudedad se establece según los bienes que le aporten.

ARNOLFO (*Sin verlo.*) La amo, y este amor es mi mayor obstáculo.

NOTARIO En ese caso es fácil favorecer a la mujer.

ARNOLFO (*Sin verlo.*) ¿Qué tratamiento darle en semejante aventura?

NOTARIO La norma dice que el futuro debe dejarle a la futura un tercio de su dote, pero eso no quiere decir nada y se puede ir más allá si se quiere.

ARNOLFO (*Sin verlo.*) Si.

NOTARIO Lo de la mejora les concierne a ambos. Yo digo que el futuro puede dejarle a la futura lo que a él le parezca.

ARNOLFO (*Descubriéndolo.*) ¿Ah?

NOTARIO Si la ama mucho y quiere complacerla, puede favorecerla por medio de la viudedad, o del prefijo, que

dicen, que se pierde por la muerte de aquélla o queda sin retorno al pasar de ella a sus herederos, o bien por el derecho consuetudinario, según la voluntad de cada cual, o por donación en el contrato formal, que se hace o bien puro y simple o bien por consentimiento mutuo. ¿Por qué se encoge de hombros? ¿Cree acaso que estoy diciendo tonterías y que desconozco las formas de un contrato? Y quién me las va a enseñar, ¿ah? Nadie, presumo. ¿Acaso no sé yo que estando juntos, según la costumbre, hay comunidad en bienes muebles e inmuebles y adquisiciones, a menos que se renuncie expresamente a ello? ¿Acaso no sé yo que un tercio de los bienes de la futura entra en comunidad por...?

ARNOLFO Sí, estoy seguro de que usted sabe todo eso; ¿pero quién ha dicho lo contrario?

NOTARIO Usted, que me quiere hacer pasar por tonto encogiendo los hombros y haciendo muecas.

ARNOLFO ¡La peste hecha hombre con cara de perro! Adiós. Es la única forma de callarlo.

NOTARIO ¿No me hicieron venir para hacer un contrato?

ARNOLFO Sí, lo hice venir, pero la cosa se ha postergado. Ya lo llamarán cuando llegue la hora. ¡Qué diablo de hombre con su cháchara!

NOTARIO (*Solo.*)

Creo que éste se las trae, y creo estar en lo cierto.

•

ESCENA TERCERA

EL NOTARIO, ALAIN,

GEORGINA Y ARNOLFO

NOTARIO ¿No vinieron ustedes a buscarme de parte de su amo?

ALAIN Sí.

NOTARIO Ignoro lo que piensen ustedes de él, pero vayan a decirle de mi parte que está loco de remate.

GEORGINA No dejaremos de hacerlo.

•

ESCENA CUARTA

ALAIN, GEORGINA, ARNOLFO

ALAIN Señor...

ARNOLFO Acérquense. Ustedes son mis fieles, mis buenos, mis verdaderos amigos, y les tengo nuevas.

ALAIN El notario...

ARNOLFO Dejémoslo para otro día. Alguien quiere

jugarle una mala pasada a mi honor; ¡y qué afrenta para ustedes, mis niños, si le robaran el honor a su amo! No se atreverían a mostrar la cara en ninguna parte, y todos, al verlos, los señalarían. De manera que, puesto que este asunto les concierne a ustedes tanto como a mí, deben montar guardia para que el galán no pueda de ninguna manera...

GEORGINA Ya aprendimos nuestra lección.

ARNOLFO Pero cuidense bien de dejarse engañar por sus bellas palabras.

ALAIN ¡Por supuesto!

GEORGINA Sabemos bien cómo defendernos.

ARNOLFO Si viene y le dice suavemente: “Alain, compadézcase de mi pobre corazón, por caridad alivie mis penas.”

ALAIN Usted es un tonto.

ARNOLFO (*A Georgina.*) Bien. “Georgina, mi niña, tú que eres tan dulce y tan buena persona.”

GEORGINA. Usted es un bobo.

ARNOLFO (*A Alain.*)

Bien. “¿Qué hay de malo cuando las intenciones son honestas y virtuosas?”

ALAIN. Usted es un bribón.

ARNOLFO (*A Georgina.*)

Muy bien. “Con seguridad moriré si no te compadeces de las penas que me aquejan.”

GEORGINA Usted es un pánfilo, un impúdico.

ARNOLFO Muy bien. “No soy un hombre que reciba algo a cambio de nada. No me olvido de quien me ha hecho un servicio. Por lo pronto, Alain, aquí tienes un anticipo para que te echés un trago, y aquí tienes, Georgina, para unas enaguas. (*Ambos estiran la mano y toman el dinero.*) Esta no es más que una muestra de mi generosidad. En fin, todo lo que les estoy pidiendo es que me permitan ver a su bella ama.”

GEORGINA (*Empujándolo.*) A otro con ese cuento.

ARNOLFO Buena esa.

ALAIN (*Empujándolo.*) Fuera de aquí.

ARNOLFO Bien.

GEORGINA (*Empujándolo.*) Pero rapidito.

ARNOLFO Bien. ¡Hola! ¡Suficiente!

GEORGINA ¿No lo estoy haciendo bien?

ALAIN ¿Así es como quiere que digamos?

ARNOLFO Sí, muy bien, salvo por el dinero, que no era necesario que lo tomaran.

GEORGINA Se nos olvidó esa parte.

ALAIN ¿Quiere que volvamos a empezar?

ARNOLFO No más. Suficiente. Entren.

ALAIN No es sino que lo ordene.

ARNOLFO No, les digo; entren porque así lo deseo. Les dejo el dinero. Vayan. Ya estoy con ustedes. Manténganse atentos y secunden mis planes.

•

ESCENA QUINTA

ARNOLFO

ARNOLFO Quiero como espía, por su posición privilegiada, al zapatero de la esquina. Me propongo tenerla siempre en la casa, bien guardada, y sobre todo mantener a raya a vendedoras de cintas, peluqueras, peinadoras, fabricantes de pañuelos y de guantes, revendedoras y a toda esa gente que por debajo de cuerda trabaja a diario para llevar a buen término los misterios del amor. En fin, conozco el mundo y sus sutilezas. Muy hábil tendrá que ser mi hombre si logra hacer llegar de parte suya un pollo o un mensaje.

•

ESCENA SEXTA

HORACIO, ARNOLFO

HORACIO Qué bueno que me lo encuentro. De buena acabo de librarme, se lo juro. En cuanto lo dejé, sin prever la aventura, vi aparecer sola en su balcón a Inés, que se disponía a tomar el fresco de los árboles cercanos. Después de hacerme una señal, se las arregló para bajar al jardín y abrirme la puerta. Pero apenas estuvimos los dos en sus habitaciones, ella oyó a su celoso que subía las escaleras, y lo único que se le ocurrió en el momento fue encerrarme en un armario. Entró. Yo no lo veía, pero lo oía caminar sin decir nada, a grandes pasos, lanzando a cada rato penosos suspiros y dando de repente terribles golpes en las mesas; pateó a un perrito que se le acercó cariñoso y arrojó con furia los trapos que encontró en su camino; incluso rompió, con mano airada, los jarrones con los que la bella adornaba su chimenea. Sin duda llegará el día en que este cornudo acabe dándose cuenta de lo que ella se trae entre manos. En fin, luego de cien vueltas, como quien se siente impotente pero habiendo descargado su cólera, mi celoso inquieto, sin decir qué lo molestaba, salió de la habitación y yo de mi

estuche. Por temor al personaje, no quisimos arriesgarnos a seguir más tiempo juntos. Era muy peligroso. Pero ya bien entrada la noche iré a su habitación sin hacer ruido, me daré a conocer tosiendo tres veces. Y a la señal se abrirá la ventana por la cual, con ayuda de una escalera y de Inés, mi amor intentará abrirse paso. Como mi único amigo, quiero que usted lo sepa. La alegría del corazón aumenta si la compartimos; por mucho que uno pruebe una felicidad perfecta, es difícil estar contento si no lo sabe alguien más. Creo que usted compartirá la suerte de mis asuntos. Adiós. Voy a ocuparme de lo que hace falta.

•

ESCENA SÉPTIMA

ARNOLFO

ARNOLFO. ¿Cómo? ¿Los astros empeñados en mi desesperación no me darán un respiro? ¿Tendré que ver, golpe tras golpe, cómo logran con su ingenio echar por tierra mi prudente vigilancia? ¿Seré acaso en mi madurez la víctima de una joven inocente y de un muchacho atolondrado? Veinte años me han visto contemplar como sabio filósofo el triste destino de los

maridos y estudiar los azares que provocan la infelicidad de los más prudentes; sacando provecho de las desgracias ajenas, cuando quise tomar mujer, busqué el modo de mantener mi frente libre de afrentas y así diferenciarla de las demás. Para tan noble empeño creí haber puesto en práctica todos los recursos que me proporcionaba la sabiduría humana, pero es como si estuviera escrito que ningún hombre aquí abajo puede quedar exento. Después de toda la experiencia y las luces que he adquirido sobre esta materia, después de veinte y más años de meditación para obrar con el mayor cuidado, ¿habré rehuído el rastro de tantos otros maridos para encontrarme al cabo en la misma situación? ¡Ah, destino implacable! Conmigo se equivoca. Aún soy dueño del objeto codiciado. Si este funesto mozalbate me ha robado su corazón, al menos voy a impedir que se apodere del resto, y esta noche, escogida para la amorosa aventura, no será tan dulce como él cree. En cierto modo me resulta divertido que, en medio de tantas tristezas, se me haya puesto al tanto de la trampa que me tienden, y que este atolondrado, queriendo ser fatal, convierta en confidente a su propio rival.

•

ESCENA OCTAVA

CRISALDO, ARNOLFO

CRISALDO ¿Y qué, vamos a cenar antes del paseo?

ARNOLFO No, esta tarde ayuno.

CRISALDO ¿Y eso?

ARNOLFO Le ruego que me excuse: hay algo que me preocupa.

CRISALDO ¿Qué? ¿No se llevarán a cabo las bodas que había planeado?

ARNOLFO No hay para qué inquietarse con los asuntos de los demás.

CRISALDO ¡Ah! ¡Ah! ¡Qué rudeza! ¡Qué penas lo aquejan? ¿Será, compadre, que sus amoríos no van del todo bien? Lo juraría con sólo verle la cara.

ARNOLFO Páseme lo que me pase, al menos tengo la ventaja de no parecerme a ciertas personas que padecen sin chistar la cercanía de los pretendientes.

CRISALDO Resulta extraño que, con tanta inteligencia, viva usted obsesionado con este asunto y considere que de allí se desprende la felicidad suprema y el único honor posible en el mundo. A su juicio, ser avaro, brutal,

pérfido, malvado y cobarde no es nada comparado con esta tacha; y no importa la clase de vida que haya llevado, uno es un hombre honorable si no es cornudo. Piénselo bien. ¿Por qué se empeña en creer que de este caso fortuito depende nuestra gloria y que un alma bien nacida debe reprocharse la injusticia de un mal que no puede evitar? ¿Por qué pretende, me pregunto, que al tomar mujer uno dependa de ella para ser digno de alabanza o escarnio y que deba convertirse la afrenta que su infidelidad nos hace en un monstruo pavoroso? Métase en la cabeza que uno, como buen caballero que es, puede formarse de la cornamenta una imagen menos severa, que al no estar nadie libre de los golpes del azar el asunto debe sernos de por sí indiferente y que, en fin, al margen de las glosas del mundo, todo el mal radica en la forma como uno reciba la cosa. Para sortear estas dificultades es necesario, como en todo, huir de los extremos; no imitar a esas personas un poco demasiado bonachonas que se enorgullecen del asunto; que van por ahí hablando de los pretendientes de sus mujeres, los elogian y predicen sus talentos y les profesan vivas simpatías, y que se regocijan con sus regalos y sus ocurrencias, y hacen, con razón, que la gente se sorprenda de que pongan la cara con tanta desvergüenza.

Esta forma de proceder es, sin duda, lamentable; pero el otro extremo no es menos condenable. Si no apruebo a esos amigos de los pretendientes, tampoco estoy a favor de los escandalosos: en su imprudente tristeza echan pestes y maldicen y arman tanto ruido que atraen las miradas de todo el mundo como para que nadie se quede sin saber lo que les pasa. Entre estos dos bandos hay uno más honesto, al cual adhiere en estos casos el hombre prudente; y los que escogemos este partido no tenemos por qué ruborizarnos, por mucho daño que nos haga una mujer. Finalmente, dígame lo que se diga, los cuernos son menos temibles si uno los mira con tranquilidad; y, como le digo, todo el asunto radica en sabérselos tomar de buen modo.

ARNOLFO Después de este bello discurso, toda la confraternidad debe un agradecimiento a Su Señoría. Quienquiera que lo oiga hablar estará encantado de engrosar las filas.

CRISALDO No he dicho eso, y es precisamente lo que censuro; pero como es el azar el que nos asigna mujer, yo digo que hay que actuar como en el juego de dados, en el que, si no sale lo que se ha pedido, hay que darse maña y, discretamente, corregir el azar con la buena conducta.

ARNOLFO O sea, dormir y comer siempre bien y convencerse de que no pasa nada.

CRISALDO Ya. Usted se burla, pero, para serle honesto, creo que en el mundo hay mil cosas más temibles y que me harían mucho más daño que esta eventualidad a la que tanto le teme. Acaso cree que si tuviera que escoger entre las dos cosas a las que nos hemos referido, ¿no preferiría ser eso que usted dice, que verme marido de esas mujeres de bien cuyo mal humor con nada monta una escena, esos dragones de virtud, esas brujas honestas que viven escudándose tras sus sabias proezas y que, por un pequeño error que ellas jamás cometerían, se sienten con derecho a mirar a la gente por encima del hombro y pretenden, alegando su fidelidad, que lo soportemos todo de ellas? Una vez más, compadre, dese cuenta de que, en efecto, los cuernos no son más que lo que uno hace de ellos, que uno puede desearlos según para qué cosas, y que, como todo, tienen sus encantos.

ARNOLFO Usted tendrá humor como para tolerarlos, pero yo no tengo la menor intención de pasar por ésas, y antes que padecer semejante aventura...

CRISALDO ¡Por Dios! No jure, no vaya a ser perjuro. Si la suerte así lo quiere, sus precauciones serán superfluas y nadie le pedirá su opinión.

ARNOLFO ¿Yo, cornudo?

CRISALDO ¡Definitivamente está enfermo! Muchas personas lo son, sin tanta bravuconada, y ni en apariencia, corazón, bienes y casa se pueden comparar con usted.

ARNOLFO Ni yo quiero que lo hagan. Pero, en fin, esta charla me importuna: cortémosla aquí, si le parece.

CRISALDO Usted está indignado y ya sabremos la causa. Adiós, y recuerde que sea lo que sea lo que su honor le inspire, empeñarse en jurar que uno nunca lo será, ya es ser a medias aquello de lo que hablábamos.

ARNOLFO Y lo sigo jurando; y ahora mismo voy a ponerle remedio a este asunto.

(Corre a golpear a su puerta.)

ESCENA DÉCIMA

ALAIN, GEORGINA, ARNOLFO

ARNOLFO Amigos míos, es ahora cuando necesito su ayuda. Siempre he confiado en su afecto, pero necesito que en esta ocasión se manifieste; y si ustedes me sirven como lo espero, pueden contar con su recompensa. El hombre que sabemos (y no hagan alharaca.) quiere,

me he enterado, tenderme esta noche una trampa y entrar escalando a la habitación de Inés; pero entre los tres le tenderemos una emboscada. Quiero que cada uno agarre un buen palo y, cuando él esté llegando al último escalón (pues entretanto yo habré abierto la ventana), los dos, a cual más, carguen contra el traidor, pero sólo para que su espalda guarde un buen recuerdo que le enseñe a no volver por aquí. Sin embargo, no deben mencionarme de ninguna manera, ni dejar ver que yo estoy detrás. ¿Tendrán el valor de secundar mi furia?

ALAIN Si sólo se trata de golpear, señor, déjelo en nuestras manos: ya podrá juzgar si me ando con medias tintas cuando golpeo.

GEORGINA Mi mano, aunque no parezca tan fuerte, no eludirá su parte en esta zurra.

ARNOLFO Adentro pues, y sobre todo, nada de cháchara. (*A solas.*) He aquí una lección útil para el futuro. Si todos los maridos de esta villa recibieran así al pretendiente de sus mujeres, el número de cornudos no sería tan grande.

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

ALAIN, GEORGINA, ARNOLFO

ARNOLFO Traidores, ¿qué hicieron?

ALAIN Seguimos sus instrucciones, señor.

ARNOLFO De nada les servirá blandir esa excusa: mi orden era golpearlo, no matarlo; y era en la espalda y no en la cabeza donde debían llover los palazos. ¡Cielos! ¡En qué circunstancias me ha puesto el destino! ¿Qué hacer ante este hombre muerto? Vuelvan a la casa y cuídense bien de decir palabra sobre la inocente orden que pude haberles dado. (*A solas.*) Va a llegar el día y debo decidir qué hacer ante esta desgracia. ¡Ay! ¿Qué será de mí? ¿Y qué dirá el padre si llega a enterarse?

•

ESCENA SEGUNDA

HORACIO, ARNOLFO

HORACIO Es mejor que vaya a ver quién es.

ARNOLFO Jamás habría imaginado... ¿Se puede saber quién anda ahí?

HORACIO ¿Es usted, señor Arnolfo?

ARNOLFO Sí, ¿y usted?

HORACIO Soy Horacio, iba a su casa a pedirle un favor.

¡Sale usted bien temprano!

ARNOLFO (*En voz baja.*) ¡Que curioso! ¿Será un encantamiento? ¿Una ilusión?

HORACIO A decir verdad, venía muy afligido y bendigo al cielo que en su inmensa bondad me ha permitido encontrarme con usted no más nombrarlo. Vengo a contarle que todo salió bien, mucho más de lo que me hubiera atrevido a desear, y gracias a un incidente que tendría que haber acabado con todo. No tengo idea de cómo llegaron a sospechar de esta cita con la que fui favorecido; pero cuando estaba a punto de alcanzar la ventana, vi aparecer inesperadamente a unas personas que levantando el brazo contra mí me hicieron perder pie y venirme abajo. Y mi caída, pese a una que otra magulladura, me salvó de veinte bastonazos. Estas personas, entre las cuales creo que estaba mi celoso, atribuyeron mi caída a la fuerza de sus golpes; y como el dolor me impidió moverme durante un rato, ellos creyeron que me habían matado y se alarmaron sobremanera. Yo oía todo lo que decían en medio del profundo silencio. Se acusaban el uno al otro de tanta

violencia, y vinieron a tantearme suavemente para ver si estaba muerto, sin luz de ninguna especie y maldiciendo su suerte. Lo dejo a su criterio decidir si, en la noche oscura, supe fingir la apariencia de un muerto. Se retiraron despavoridos; y mientras yo también pensaba en retirarme, la joven Inés, impresionada con este falso muerto, se dirigió hacia mí con diligencia. Hasta sus oídos había llegado la conversación de esa gente, y como se encontraba menos vigilada a causa de la conmoción, pudo escapar sin dificultad; pero al encontrarme ileso tuvo una reacción difícil de describir. ¿Qué puedo decirle? En fin, esta dulce persona siguió los dictados de su amor: no quiso ni pensar en volver a su casa y puso su destino en mis manos. Con tamaña inocencia, imagínese a lo que la está exponiendo la increíble impertinencia de un loco y qué terribles peligros correría en este momento si yo no la quisiera tanto. Pero el amor más puro inunda mi alma: preferiría morir que abusar de ella. Sus encantos son dignos de otro destino y sólo la muerte podrá separarnos. Desde ahora preveo la cólera de un padre, pero ya tendremos tiempo de aplacarla. Prefiero dejarme arrastrar por tan dulces encantos, pues, en fin, en la vida hay que conformarse. Lo que

quiero de usted, en el más estricto secreto, es poner en sus manos a la bella; que, por gracia de mi pasión, le dé asilo en su casa al menos un día o dos. Además de que hay que ocultar su huida a los ojos del mundo y de que podrían lanzarse en su persecución, usted sabe que una niña como ella al lado de un hombre joven despierta sospechas extrañas. Y como lo he convertido en el único confidente de mis ardores, seguro como estoy de su prudencia, sólo a usted, amigo generoso, puedo entregar este amado depósito.

ARNOLFO Estoy a su servicio, cuente con ello.

HORACIO ¿Realmente quiere hacerme tan dulce favor?

ARNOLFO Con mucho gusto, le digo. Me encanta tener esta oportunidad de servirle y le agradezco al cielo por habérmela dado. Nunca nada me ha producido tanta dicha.

HORACIO ¡Cuán agradecido estoy por sus bondades! Temí que pudiera tener alguna objeción. Pero es usted un hombre de mundo y en su sabiduría sabrá excusar el fuego de la juventud. Tengo a uno de mis hombres cuidándola en la esquina.

ARNOLFO ¿Pero cómo haremos? Ya casi amanece. Si ella se viene conmigo podrían vernos, y si usted se

aparece por mi casa los criados van a hablar. Para estar más seguros, es mejor que usted me la lleve a un lugar más oscuro. Mi calle se presta para esto: la espero allá.

HORACIO Más nos vale ser precavidos. En cuanto a mí, apenas la ponga en sus manos me devuelvo a mi casa sin hacer ruido.

ARNOLFO *(Solo.)* ¡Ah, fortuna! Este giro propicio repara todos los males que tu capricho me ha causado.
(Se cubre la cara con la capa.)

•

ESCENA TERCERA

INÉS, ARNOLFO, HORACIO

HORACIO *(A Inés.)* Estará en buenas manos, no debe temer. Alojarla conmigo sería un gran riesgo. Entre por aquí y déjese llevar.

(Arnolfo la toma de la mano sin que ella lo reconozca.)

INÉS ¿Por qué me abandona?

HORACIO Es necesario, querida Inés

INÉS Vuelva pronto, se lo ruego.

HORACIO Bastante me apura ya la llama de mi amor.

INÉS No soy feliz cuando no lo veo.

HORACIO Yo también me siento triste lejos de usted.

INÉS Ay, si eso fuera cierto no se iría.

HORACIO ¿Cómo puede dudar de mi inmenso amor?

INÉS No, usted no me ama tanto como lo amo yo. (*Arnolfo la jala.*) Ay, me están jalando.

HORACIO Es que es muy peligroso, querida Inés, que nos vean juntos en este lugar; y al amigo perfecto que presiona su mano lo mueve un prudente interés por lo que nos conviene.

INÉS Pero seguir así a un desconocido...

HORACIO No tema: en esas manos sólo podrá estar bien.

INÉS Estaría mejor en las de Horacio.

HORACIO Y yo tendría.

INÉS (*Al que la lleva.*) Espere.

HORACIO Adiós. El día me ahuyenta.

INÉS ¿Cuándo lo volveré a ver?

HORACIO Pronto. Puede estar segura.

INÉS ¡Cuánto voy a aburrirme hasta entonces!

HORACIO Gracias a Dios que mi felicidad ya no tiene rival y podrá por fin dormir tranquilo.

•
ESCENA CUARTA

ARNOLFO E INÉS

ARNOLFO (*Ocultándose tras la capa.*) Venga, no voy a alojarla aquí. Le he preparado un lecho en otra parte. Planeo llevarla a un lugar seguro. ¿No me conoce?

INÉS (*Reconociéndolo.*) ¡Ay!

ARNOLFO Ahora mi cara la espanta, bribona. Estoy aquí contra su voluntad y me interpongo en los proyectos del amor que la posee. (*Inés busca a Horacio.*) Es inútil que busque con los ojos la ayuda del galán. Está demasiado lejos para socorrerla. ¡Ah! ¡Ah! ¡Tan joven aún y ya jugando esas tretas! Su simpleza, que se diría sin par, se pregunta si los niños se hacen por la oreja; pero sabe cómo ponerse citas por la noche y evadirse sin ruido para seguir a un pretendiente. ¡Diablos! ¡Muy zalamera se le pone la lengua cuando está con él! ¡Habría que haberla puesto en una buena escuela! ¿Quién diantres le enseñó tanto de golpe? ¿Y es que ya no le teme a los espíritus? ¿Así que el pretendiente la envalentonó anoche? ¡Ah, tunanta, llegar a tanta perfidia! ¡Armar esos planes pese a mi

generosidad! ¡Pequeña serpiente que anidé en mi seno y que, movida por un talante ingrato, quiso hacerme mal a mí, su protector!

INÉS ¿Por que me está gritando?

ARNOLFO ¡No debería, por supuesto!

INÉS No veo nada malo en lo que hice.

ARNOLFO ¿Y es que acaso seguir a un galán no es una acción infame?

INÉS Es un hombre que me dice que me quiere por esposa; yo seguí sus enseñanzas, y usted me predicó que para borrar el pecado había que casarse.

ARNOLFO Sí. Pero yo pretendía tomarla por esposa, y me parece que se lo di a entender claramente.

INÉS Sí. Pero para hablarle con franqueza, aquí entre nos, para mi gusto él es más para eso que usted. El matrimonio para usted es enojoso y difícil, y sus palabras lo hacen ver como una cosa terrible; pero él, ay, él lo hace parecer tan placentero que le dan a uno ganas de casarse.

ARNOLFO ¡Ah! ¡Es que usted lo ama, traidora!

INÉS Sí, lo amo.

ARNOLFO ¡Y tiene la desvergüenza de decírmelo!

INÉS ¿Y por qué no habría de decirlo, si es cierto?

ARNOLFO ¿Y le parece correcto amarlo, impertinente?

INÉS ¡Ay! ¿Y es que acaso podría no hacerlo? Él solo es la causa; yo ni me lo había soñado cuando la cosa sucedió.

ARNOLFO Pero habría que rechazar ese deseo amoroso.

INÉS ¿Cómo rechazar aquello que nos causa placer?

ARNOLFO ¿Y acaso no sabía que me disgustaría?

INÉS ¿Yo? No tenía ni la menor idea. ¡Qué daño puede hacerle!

ARNOLFO Tiene razón, debería estar encantado. ¿Debo entender entonces que no me ama?

INÉS ¿A usted?

ARNOLFO Sí.

INÉS Pues no.

ARNOLFO ¡Cómo! ¿No?

INÉS ¿Quiere que mienta?

ARNOLFO ¿Y por qué no habría de amarme, doña desvergonzada?

INÉS Por Dios, no es a mí a quien debe culpar si no se hizo amar como él. Hasta donde sé, yo no se lo impedí.

ARNOLFO Puse en ello todo mi empeño, pero mis esfuerzos fueron en vano.

INÉS Verdaderamente él sabe más de estas cosas que usted, pues no le costó nada hacerse amar.

ARNOLFO ¡Miren cómo razona y responde la villana! ¡Peste! ¡Mejor no lo diría una de nuestras respetables preciosas! ¡Ah! ¡La desconozco! A fe mía que sobre estos asuntos una tonta sabe más que el más avisado de los hombres. Y puesto que tantas razones consumen su espíritu, mi bella razonadora, ¿le parece que la haya alimentado a mis expensas durante tanto tiempo para él?

INÉS No. Él le devolverá todo, hasta el último doblón.

ARNOLFO Algunas de sus palabras duplican mi despecho. ¡Tunanta! ¿Es que acaso me devolverá, con todo su poder, las obligaciones que usted tiene conmigo?

INÉS No creo tener tantas.

ARNOLFO ¿Le parece poco haberla educado desde la infancia?

INÉS ¡En esto sí que ha actuado usted bien: linda instrucción la que me ha dado! ¿Cree acaso que me enorgullezco y, en fin, que no me doy cuenta de que soy una bestia? Yo misma me avergüenzo; y a mi edad, no quiero seguir pasando por tonta, si puedo evitarlo.

ARNOLFO ¿Pretende huir de la ignorancia y cree que puede aprender algo, a cualquier costo, de ese tonto?

INÉS Así es. Es de él de quien aprendí lo que pueda saber, y me parece que le debo mucho más que a usted.

ARNOLFO No sé qué me tiene la mano para no vengar con una paliza la osadía de su discurso. Tanta frialdad me enfurece y sólo unos puñetazos satisfarían mi corazón.

INÉS ¡Hágalo, si eso lo hace feliz!

ARNOLFO Esas palabras y esa mirada desarmen mi cólera y me devuelven la ternura y la compasión, y con ello se disipan las sombras. ¡Qué extraño es el amor! ¡Qué curioso que los hombres estén sujetos a tales debilidades por culpa de estas traidoras! Todo el mundo conoce su imperfección: no son más que extravagancia e indiscreción. Su espíritu es malvado y su alma frágil; no hay nada más débil ni más imbécil, nada más infiel, y a pesar de todo, hacemos cualquier cosa en el mundo por estos animales. ¡Pues bien! Hagamos la paz. Te lo perdono todo, pequeña traidora, y te devuelvo mi ternura. Que ello te dé una idea del amor que te tengo, y al verme tan bueno, ámame tú también.

INÉS Desde el fondo de mi corazón quisiera complacerlo. Nada me costaría, si tan sólo pudiera.

ARNOLFO Mi pobre tontica, tú puedes, si quieres. (*Suspira.*) Escucha nada más este suspiro amoroso, mira

estos ojos moribundos, contempla mi persona y deshazte de ese mocoso y de su amor. Seguro que te ha hechizado, pero conmigo serás cien veces más feliz. Tu mayor ambición es ser valiente y desenvuelta: lo serás siempre, eso te lo prometo. Te acariciaré noche y día sin cesar, te mimaré, te besaré, te comeré; podrás portarte como quieras: ya no entiendo nada, y con eso lo digo todo. (*Aparte, en voz baja.*) ¡Hasta dónde puede llegar la pasión! (*En voz alta.*) En fin, nada se compara con mi amor. ¿Qué prueba quieres, ingrata? ¿Verme llorar? ¿Quieres que me bata en duelo? ¿Quieres que me arranque el pelo? ¿Quieres que me mate? Sí, dime si eso es lo que quieres: estoy dispuesto, despiadada, a darte pruebas de mi pasión.

INÉS Ya ve, su discurso no me llega al alma: Horacio, con dos palabras, lograría más que usted.

ARNOLFO ¡Ah! Eso es demasiado desafiarme, demasiado agitar mi cólera. Seguiré mis designios, bestia en exceso indócil, y usted abandonará al instante la ciudad. Desprecia mis votos y me obliga a llegar al extremo, pero el último rincón de un convento me resarcirá de todo.

•

ESCENA QUINTA

ALAIN, ARNOLFO

ALAIN No entiendo cómo, señor, pero me parece que
Inés y el cadáver se fueron juntos.

ARNOLFO Aquí está. Acomódelas en mi habitación.
(*Aparte.*) No será allí donde vaya a buscarla, y además
es solamente por media hora: voy a buscar un coche
para llevarla a un lugar seguro. (*A Alain.*) Cierren
bien las puertas y, sobre todo, no la pierdan de vista.
(*Solo.*) Quizás en el exilio su alma se desengañe de
este amor.

•

ESCENA SEXTA

ARNOLFO, HORACIO

HORACIO ¡Ah! Vengo a buscarlo abrumado de dolor.
El cielo, señor Arnolfo, ha sellado mi desgracia; y por
un giro fatal, de una injusticia extrema, se me quiere
alejarse de la belleza que amo. Mi padre no ha reparado
en gastos para llegar hasta acá. Acabo de enterarme de
que se aloja cerca de aquí. En una palabra, la causa de
este viaje que, como le decía, me tomó por sorpresa,

es que me ha prometido en matrimonio sin avisarme, y que viene aquí a celebrar el enlace. Juzgue, ahora que conoce mi problema, si podría acaecerme un contratiempo peor. Este Enrique, sobre el que ayer le preguntaba, es la causa de todos los males que me abruman. Viene con mi padre a consumir mi ruina: me han destinado a su hija única. Cuando comenzó a hablar pensé que me desmayaba. Si desde el principio ya no quería oírlo, en cuanto mi padre habló de hacerle una visita a usted me le adelanté despavorido. Le ruego que no le descubra mi compromiso, eso podría contrariarlo. E intente, puesto que tanto cree en usted, disuadirlo de esta otra alianza.

ARNOLFO Por supuesto.

HORACIO Aconséjele posponerla un poco, mi amigo, y préstele este servicio a mi pasión.

ARNOLFO Cuente conmigo.

HORACIO Confío en usted.

ARNOLFO Esté tranquilo.

HORACIO Lo considero como un verdadero padre. Dí-gale que mi edad... ¡Ah! Lo veo venir: escuche mis razones.

(Se quedan en un rincón del teatro.)

•
ESCENA SÉPTIMA

ENRIQUE, ORONTE, CRISALDO,
HORACIO Y ARNOLFO

ENRIQUE (*A Crisaldo.*)

En cuanto lo vi aparecer ante mis ojos, aunque no me hubieran dicho nada, lo habría reconocido. Reconozco en usted los rasgos de su querida hermana, de la cual el himeneo me hizo poseedor en otro tiempo; y sería feliz si la cruel Parca me hubiera dejado traer a esta fiel esposa para que gozara conmigo del dulce sentimiento de volver a ver a todos los suyos después de tantas desgracias. Pero ya que el poder fatal del destino nos priva para siempre de su querida presencia, intentemos arreglárnoslas y contentarnos con el único fruto amoroso que me quedó. Sé que este asunto le concierne, y haría mal en disponer de él sin su participación. La escogencia del hijo de Oronte es estupenda, pero es necesario que esta elección le plazca a usted tanto como a mí.

CRISALDO Tendría mi juicio en muy mala estima si pensara que yo podría desaprobear una elección tan legítima.

ARNOLFO (A Horacio.) Verá lo mucho que voy a servirle.

HORACIO Espere un momento...

ARNOLFO No tema.

(Arnolfo deja a Horacio para ir
a abrazar a Oronte.)

ORONTE (A Arnolfo.) ¡Ah! ¡Cuánta ternura hay en este abrazo!

ARNOLFO ¡Qué alegría de verlo!

ORONTE Vine para...

ARNOLFO No es necesario que me lo diga. Sé lo que lo trae por aquí.

ORONTE Ya le dijeron.

ARNOLFO Sí.

ORONTE Tanto mejor.

ARNOLFO Su hijo se resiste al himeneo y su corazón prevenido no ve en ello más que tristezas: me ha rogado incluso que lo disuada, pero yo sólo le puedo aconsejar que no permita que esta alianza se retrase y haga valer la autoridad paterna. A la gente joven hay que saberla hacer sentar cabeza y nuestra indulgencia sólo le hace mal.

HORACIO (Aparte.) ¡Ah traidor!

CRISALDO Si su corazón la rechaza, me parece que no debemos obligarlo. Creo que mi hermano estará de acuerdo conmigo.

ARNOLFO ¿Cómo? ¿Se dejaría gobernar por su hijo? ¿Le parece bien que un padre sea tan débil como para no hacerse obedecer de la juventud? ¡Verdaderamente qué bonito sería verlo hoy recibiendo órdenes de quien debe recibirlas de él! No, no. Es mi amigo íntimo y su gloria es la mía: su palabra está dada y tiene que mantenerla. Que muestre aquí sentimientos firmes y obligue a su hijo a asumir sus compromisos.

ORONTE Así se habla. Yo respondo por su obediencia a esta alianza.

CRISALDO (*A Arnolfo.*) A fe mía que me sorprende la prisa que tiene con este compromiso. No imagino qué motivo lo inspira.

ARNOLFO Sé bien lo que hago, y digo lo que hay que decir.

ORONTE Sí, sí, señor Arnolfo. Es...

CRISALDO Ese nombre le desagrada. Es el Señor de la Cepa, ya le dijeron.

ARNOLFO No importa.

HORACIO ¡Qué oigo!

ARNOLFO (*Volviéndose hacia Horacio.*) He ahí el misterio y ya podrá usted juzgar lo que yo tenía que hacer.

HORACIO Qué horror...

•

ESCENA SÉPTIMA

GEORGINA, ENRIQUE, ORONTE,

CRISALDO, HORACIO Y ARNOLFO

GEORGINA Señor, si usted no se queda no podremos retener a Inés; a cada rato quiere escaparse y bien podría botarse por la ventana.

ARNOLFO Hácala venir; así es como pretendo conducirla (*A Horacio.*) No se enoje: la felicidad ininterrumpida haría al hombre soberbio, y a cada marrano le llega su San Martín, como dice el proverbio.

HORACIO ¡Dios mío, qué males pueden compararse a mis desgracias! Jamás nadie se ha visto en el abismo en que me encuentro.

ARNOLFO (*A Oronte.*) Fije pronto el día de la ceremonia: yo tomaré parte, desde ya me comprometo.

ORONTE Es lo que más queremos.

•

ESCENA NOVENA

INÉS, ALAIN, GEORGINA, ORONTE, ENRIQUE,
ARNOLFO, HORACIO, CRISALDO

ARNOLFO (*A Inés.*) Venga, linda, venga. Aunque usted se rebele, ya esto se acabó. He aquí a su pretendiente, a quien, como recompensa, puede irle haciendo una humilde reverencia. (*A Horacio.*) Adiós. Los acontecimientos malogran un poco sus deseos, pero no todos los enamorados quedan satisfechos.

INÉS ¿Permitirá usted, Horacio, que me lleven así?

HORACIO Yo no sé ni dónde estoy, tan grande es mi dolor.

ARNOLFO Vamos, charlatana, vamos.

INÉS Quiero quedarme aquí.

ORONTE Explíquenos este misterio. Nos miramos los unos a los otros sin poder comprenderlo.

ARNOLFO Cuando tenga más tiempo podré explicar-selos. Hasta la vista.

ORONTE ¿A dónde cree que va? No nos ha dicho lo que queremos oír.

ARNOLFO Ya le aconsejé que, pese a todas sus quejas, lleve a cabo la boda.

ORONTE Sí. ¿Pero si ya se lo han dicho todo, como es

que no sabe, para concluir, que usted alberga a aquella sobre la cual estamos discutiendo, a la hija que alguna vez, bajo un vínculo secreto, tuvo la amable Angélica con el señor Enrique? ¿Entonces de qué está hablando?

CRISALDO A mí también me sorprendió su proceder.

ARNOLFO ¿Qué?

CRISALDO De un himeneo secreto mi hermana tuvo una hija, cuyo destino ocultamos a toda la familia.

ORONTE Y bajo un nombre falso, para no revelar nada, su esposo la llevó al campo para que la criaran.

CRISALDO Entretanto, el destino, declarándole la guerra, lo obligó a salir de su tierra natal.

ORONTE E ir a enfrentar mil peligros diversos en esas tierras a las que tantos mares separan de nosotros.

CRISALDO Donde sus esfuerzos le ganaron aquello que la impostura y la envidia le hubieran arrebatado en su patria.

ORONTE Y al volver a Francia lo primero que hizo fue buscar a aquella a quien había confiado a su hija.

CRISALDO Y esta campesina dijo con franqueza que hacía cuatro años la había dejado en sus manos.

ORONTE Y que había tenido que confiarse a su caridad, abrumada por una extrema pobreza.

CRISALDO Y él, con el alma plena de felicidad, hizo traer hasta aquí a la mujer.

ORONTE Y pronto la verá llegar, para que a ojos de todos quede aclarado este misterio.

CRISALDO (*A Arnolfo.*) Creo adivinar cuál es su suplicio, pero tiene que reconocer que en este caso el destino le es favorable: si le parece que es tan importante no ser cornudo, la mejor manera de evitarlo es no casarse.

ARNOLFO (*Aleándose totalmente trastornado y sin habla.*) ¡Oh!

ORONTE ¿A qué viene que se vaya sin decir palabra?

HORACIO ¡Ay, padre mío! Ya comprenderá a cabalidad este sorprendente misterio. El azar ha ejecutado por estos lares lo que su inteligencia había previsto: los dulces vínculos de un mutuo ardor me habían comprometido de palabra con esta bella dama; y es a ella, para decirlo brevemente, a quien viene usted a buscar y la causante de mi negativa, que tanto lo hizo enojar.

ENRIQUE No lo dudé un instante desde el momento en que la vi, y desde entonces mi alma se encuentra conmovida. ¡Ay, hija mía, cómo no ceder a tan dulces arrebatos!

CRISALDO Yo haría otro tanto de todo corazón, hermano mío, pero estos lugares no se prestan a ello. Vamos a la casa a despejar estos misterios, pagar a nuestro amigo sus afanosas atenciones, y dar gracias al cielo que todo lo hace para bien.

•

FIN

•

LIBRO AL VIENTO

TÍTULOS PUBLICADOS

- 1 *Antígona*
Sófocles
- 2 *El 9 de abril, fragmento de Vivir para contarla*
Gabriel García Márquez
- 3 *Cuentos para siempre*
Grimm, Andersen, Perrault y Wilde
- 4 *Cuentos*
Julio Cortázar
- 5 *Bailes, fiestas y espectáculos en Bogotá, selección de las Crónicas de Santafé y Bogotá*
José María Cordovez Moure
- 6 *Cuentos de animales*
Rudyard Kipling
- 7 *El gato negro y otros cuentos*
Edgar Allan Poe
- 8 *El beso y otros cuentos*
Anton Chejov
- 9 *El niño yuntero*
Miguel Hernández
- 10 *Cuentos de Navidad*
Cristian Valencia, Antonio García,
Lina María Pérez, Juan Manuel Roca
Héctor Abad Faciolince
- 11 *Novela del curioso impertinente*
Miguel de Cervantes
- 12 *Cuentos en Bogotá*
Antología
- 13 *Cuentos*
Rafael Pombo
- 14 *La casa de Mapuhi y otros cuentos*
Jack London
- 15 *¡Qué bonito baila el chulo!* Cantas del Valle de Tenza
Anónimo

- 16 *El beso frío y otros cuentos bogotanos*
Nicolás Suescún, Luis Fayad, Mauricio Reyes Posada,
Roberto Rubiano Vargas, Julio Paredes, Evelio José Rosero,
Santiago Gamboa, Ricardo Silva Romero
- 17 *Los vestidos del emperador y otros cuentos*
Hans Christian Andersen
- 18 *Algunos sonetos*
William Shakespeare
- 19 *El ángel y otros cuentos*
Tomás Carrasquilla
- 20 *Iván el Imbécil*
León Tolstoi
- 21 *Fábulas e historias*
León Tolstoi
- 22 *La ventana abierta y otros cuentos sorprendentes*
Saki, Kate Chopin, Henry James, Jack London,
Mark Twain, Ambroce Bierce
- 23 *Por qué leer y escribir*
Francisco Cajiao, Silvia Castrillón, William Ospina, Ema Wolf,
Graciela Montes, Aidan Chambers, Darío Jaramillo Agudelo
- 24 *Los siete viajes de Simbad el marino*
(Relato anónimo de *Las mil y una noches*)
- 25 *Los hijos del Sol*
Eduardo Caballero Calderón
- 26 *Radiografía del Divino Niño y otras crónicas sobre Bogotá*
Antología de Roberto Rubiano Vargas
- 27 *Dr Jekyll y Mr Hyde*
Robert Louis Stevenson
- 28 *Poemas colombianos*
Antología
- 29 *Tres historias*
Guy de Maupassant
- 30 *Escuela de mujeres*
Molière

ESCUELA DE MUJERES
DE MOLIÈRE FUE
EDITADO POR
EL INSTITUTO
DISTRITAL DE
CULTURA Y TURISMO
Y LA SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN DISTRITAL
PARA SU BIBLIOTECA

libro al viento

BAJO EL NÚMERO
TREINTA Y SE
IMPRIMIÓ EL MES DE
DICIEMBRE DEL AÑO
2006 EN BOGOTÁ

